Takashi Hiraide

El gato que venía del cielo

Traducción
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Una casa y un jardín tocados con la gracia de una belleza de otro tiempo. Una pareja que se refugia en su nueva vida lejos de la agitación de Tokio. Un gato enigmático que entra de improviso en su cocina y decide adoptarles como dueños, convirtiéndose en el centro de una intriga sutil.



Takashi Hiraide

El gato que venía del cielo

ePub r1.0
macjaj 11.12.14

Título original: *Neko no Kyaku*
Takashi Hiraide, 2001
Traducción: Yoko Ogihara & Fernando Cordobés

Editor digital: macjaj
ePub base r1.2



Takashi Hiraide

El gato que venía del cielo

Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés

1.

A primera vista eran fragmentos de nubes flotantes. Indecisas, oscilaban despacio a izquierda y derecha a merced del viento.

La ventana de la cocina casi llegaba a tocar la valla que bordeaba el arroyo impidiendo el paso, por así decirlo. Desde el interior, el cristal esmerilado se asemejaba a la pantalla en blanco de una sala de proyección. Las vetas de la madera de la valla estaban picadas de minúsculos agujeros. Sobre aquella tosca pantalla, más allá de un sendero de unos tres metros de ancho, se reflejaba el tenue contorno verde de un seto plantado en dirección norte.

Cuando pasaba alguien, su silueta se apoderaba de la ventana entera. Sin duda, se trataba del mismo efecto que el de una cámara oscura. Los días despejados, los contornos se recortaban con especial nitidez en la penumbra interior, si bien la impresión que producía el transeúnte era la de caminar boca abajo. Y no solo eso, sino que al alejarse, las siluetas parecían hacerlo en dirección contraria a donde realmente iban. Cuando la persona se acercaba a uno de los orificios de la madera, su figura invertida se hinchaba hasta desbordar la pantalla de cristal; si daba un paso más, se borraba en un instante sin dejar rastro, como si no hubiera sido más que una ilusión óptica.

Pero aquel día el reflejo de los pedazos de nubes tardaba mucho en desvanecerse. De igual modo, por mucho que se acercara al orificio de la madera, su imagen no se inflaba. Cuando alcanzaba el punto donde se suponía que debía hincharse, justo en la parte alta de la ventana, permanecía tan pequeña que se podría haber

sostenido en la palma de la mano. Los jirones de nubes flotaban afectados por una insistente vacilación. Al final, se escuchó un débil gemido.

Decidimos llamar a aquel sendero «el Callejón del Relámpago».

A veinte minutos en tren desde Shinjuku en dirección suroeste, se llegaba a una pequeña estación donde los expresos no tenían parada. Tras diez minutos a pie en dirección sur, se desembocaba en un altozano. Nada más coronar la minúscula colina, aparecía una calle orientada de este a oeste con un tráfico considerable. Al cruzarla en diagonal, se llegaba a otra calle ancha en pendiente. Setenta metros más abajo, a la izquierda, aparecía una hermosa casona de construcción tradicional, rodeada por un muro enfoscado en el que se apreciaba el bambú aún bien erguido en la parte inferior. Al girar de nuevo a la izquierda, antes de llegar a la casa, el muro se hacía muy somero. Allí era donde estaba el sendero que bordeaba la valla.

La casita que alquilamos era en realidad un discreto pabellón situado en un rincón del amplio jardín que se extendía entre el muro y la valla. Esta tenía una puerta de madera de un solo batiente que servía a un tiempo de acceso para el servicio de la casa principal y de entrada para los inquilinos del pabellón. Los agujeros en la madera semejaban ojos invisibles.

Cuando alguien pasaba por el sendero, su figura se reflejaba, sin saber muy bien cómo, en la ventana que quedaba justo detrás del muro hasta que chocaba con otro de ladrillo que sobresalía por el lado izquierdo. En ese punto, el camino casi llegaba a formar un ángulo recto. Tras ese quiebro inesperado, un poco más adelante, volvía a curvarse bruscamente a la izquierda y allí uno tropezaba con otra casa cuyo tejado estaba cubierto por las hojas de un olmo portentoso. Como el sendero dibujaba esa forma de diente de sierra, lo bautizamos por pura diversión como el Callejón del Relámpago.

El olmo era un árbol muy anciano. Es probable que estuviera catalogado entre los ejemplares centenarios protegidos por el municipio. Cuando construyeron la casa a la que daba sombra, debieron de dibujar los planos de manera que lo rodease sin llegar a afectarlo.

Las ramas crecían a su antojo, guiadas únicamente por su propio capricho. Su sombra se extendía hacia la parte oriental del jardín,

hasta casi rozar el pabellón levantado al noreste. Hasta allí prodigaban su exuberancia, y la infinita hojarasca de finales de otoño tenía el efecto de arrancar suspiros a la anciana propietaria.

Fue el niño de la casa donde se alzaba el olmo, un chico de unos cinco años, quien un buen día decidió adoptar al gatito que apareció en el Callejón del Relámpago.

Aunque éramos vecinos por el este, estábamos separados de ellos por el relámpago que dibujaba el sendero, de manera que nunca teníamos ocasión de cruzarnos al entrar o salir. Por la parte que daba a su casa, había una ventana corredera cuya función principal era la de ventilar. El resto de la linde entre las dos propiedades albergaba el muro. Pero por encima de todo, al ser los inquilinos de un pabellón que tan solo ocupaba un rincón en un vasto terreno, nuestra conciencia de vecindad únicamente llegó a desarrollarse de manera muy tenue.

Arrebatado por el entusiasmo, el niño jugaba a menudo en la zona donde el sendero giraba sin dejar de proferir en ningún momento unos gritos agudos. Rara vez tenía ocasión de cruzarme con él, dado que nuestro ritmo de vida era muy distinto: yo solía quedarme hasta la medianoche inclinado sobre la mesa de trabajo. Sin embargo, un día se escuchó: «¡Quiero quedarme con el gato!». La voz que manifestaba con toda claridad la voluntad infantil franqueó el muro y llegó hasta la mesa donde disfrutábamos de un desayuno tardío. Unos días antes, había visto a un gatito que iba y venía a saltitos por el minúsculo jardín del pabellón, que solo servía para tender la ropa, y al escuchar la voz del niño no pude evitar una sonrisa.

Cuando más adelante lo pensé, comprendí que fue en ese instante cuando todo se desencadenó.

2.

La voz infantil, aunque firme, que hizo semejante declaración de intenciones debió de llegar también a oídos de la propietaria que vivía en la casa principal. (Por alguna razón, aquel atardecer yo escuchaba claramente el rumor de las conversaciones y por eso pude oír la que tuvo lugar frente a la puerta de la casa de la vecina).

«¿Vais a tener un gato?». La voz de la anciana sonaba inquisitiva. «¡Es un auténtico fastidio!», sentenció.

Los gatos entraban y salían al jardín por todos los flancos, lo estropeaban, hacían crujir el tejado; a veces, incluso, dejaban huellas de barro en el tatami del salón. Sin embargo, la abuela lo dijo en el mismo tono en el que solía expresar sus demás quejas.

La mujer joven que vivía en la casa de al lado hablaba con una voz distinguida, llena de reserva. Al escucharla, uno podía llegar a pensar que iba a someterse a los ochenta años que tenía enfrente, pero no se dejaba acobardar. Más bien parecía evocar la imagen del niño implorando desesperadamente, y fue la anciana quien finalmente se doblegó.

Recordé que dos años antes, cuando firmamos el contrato de alquiler, me llamó la atención una de las cláusulas que prohibía expresamente tener niños y animales. Como ya habíamos traspasado el umbral de los treinta y cinco, ninguno de los dos deseábamos tener hijos, y en lo que se refería a animales domésticos no sentíamos especial predilección por los gatos. Los dos trabajábamos, así que la posibilidad de tener un perro no llegó siquiera a plantearse nunca. El nuestro era, por tanto, el perfil ideal

de inquilino que la anciana deseaba para su pabellón.

Algunos de nuestros amigos íntimos adoraban a los gatos, y la ternura que derrochaban con sus animales en ocasiones me resultaba ridícula. Fui testigo de escenas en las que se entregaban en cuerpo y alma, sin sentir por ello la más mínima vergüenza, indiferentes a todo juicio externo. Bien pensado, no se trataba de que a nosotros no nos gustasen los gatos, simplemente nos sentíamos muy alejados de los que se declaraban enamorados de ellos. Una razón determinante, supongo, era quizá que no teníamos trato directo con ninguno en nuestro día a día.

De niño tuve un perro. Siempre he pensado que las relaciones que se establecen con los perros están exentas de sentimentalismo, que la tensión que une a través de la correa al que obedece con el que hace obedecer constituye un vínculo puro y simple.

Debía de tener más o menos la misma edad que el chico de los vecinos. Vivíamos en una casita pegada a otras, todas iguales, con un cierto aire de *nagaya*[1], construidas, al parecer, como alojamiento para funcionarios. Fue allí donde nos robaron el cachorro que acabábamos de adoptar. Ocurrió una tarde de sábado o de domingo. Mi padre se dio cuenta de que el *spitz*[2] que teníamos atado a la puerta de casa no estaba y farfulló: «¡Malditos ladrones de perros!», expresión que retiró de inmediato. Me arrastró fuera de casa, buscamos por todas partes, pero no encontramos la más mínima huella del perro ni de su secuestrador.

Supe que no hacía falta hacer más preguntas cuando escuché a mi padre maldecir de nuevo: «¡Malditos ladrones de perros!». Mi hermana mayor aún se acuerda de que no dejé de llorar en toda la noche.

Aunque a mi mujer no le gustaban especialmente los gatos, sabía mucho sobre los seres vivos en general. De pequeña tenía un acuario con cangrejos y tritones. Recolectaba larvas, dejaba volar en libertad por su habitación a toda clase de mariposas después de que eclosionaran; también criaba *jushimatsu*[3], canarios, polluelos. Llegó incluso a hacerse cargo de las crías de gorrión que caían de los nidos, o de los murciélagos heridos.

Incluso ahora, cuando vemos en televisión algún documental sobre animales, es capaz de enumerar, sin equivocarse, la mayor parte de los nombres de las distintas especies exóticas que habitan

en países lejanos. Por eso, cuando digo que ni a mi mujer ni a mí nos gustan especialmente los gatos, esa declaración tiene un sentido del todo distinto en su caso, en la medida en que, desde siempre, ella ha mantenido una mirada atenta y cómplice hacia los animales, al contrario de lo que me sucede a mí, que solo soy capaz, por así decirlo, de distinguir entre un perro y un gato.

Después de que los vecinos lo adoptasen, el gatito empezó a hacer frecuentes apariciones en el jardín al son del cascabel que colgaba de su collar rojo.

La valla que nos separaba de la casa principal era tan endeble que en realidad parecía no existir división alguna. Los árboles, los montículos artificiales, el estanque, los parterres de flores que iluminaban de color el inmenso y majestuoso jardín principal debían de resultar irresistibles a ojos del gato. Se aventuraba siempre desde el minúsculo jardín del pabellón hasta el enorme espacio que se abría ante él.

Cuando la puerta no estaba cerrada, tenía la costumbre de echar un vistazo dentro de nuestra casa. Al poco rato, volvía a salir por donde había venido sin mostrar la más mínima señal de sentirse cohibido por la presencia de seres humanos. No obstante, y era ese un rasgo propio de su carácter, nos observaba con gran recelo, tranquilo, con la cola erguida, sin atreverse a entrar del todo. Un simple ademán de tenderle los brazos, y huía a la velocidad del rayo. Si intentábamos retenerle por la fuerza, mordía. Todo aquello sucedía bajo la atenta mirada de la anciana propietaria, y en cuanto nos dábamos cuenta de que nos observaba abandonábamos cualquier tentativa de acercarnos al pequeño animal.

Fue en el otoño de 1988, antes de la inminente llegada del invierno, cuando la era Showa[4] estaba a punto de tocar a su fin.

3.

Chibi[5]. Así se llamaba el gato. Desde la habitación donde estaba tumbado, un día escuché la voz estridente del niño: «¡Chibi!». El ruido de los pasos del muchacho al trotar, acompañados del ligero tintineo de un cascabel, me hicieron comprender.

Chibi era una maravilla. Tenía el pelaje blanco salpicado de manchas redondas de un gris ligeramente matizado de marrón claro, muy frecuente en Japón; era delgado, esbelto, realmente pequeño.

Lo que le diferenciaba de otros gatos era, precisamente, su extrema delgadez, tan frágil que enseguida quedaba al descubierto la inquietud de sus orejas puntiagudas. Al margen de esa peculiaridad, pronto tuvimos claro que no era de los que suelen restregarse contra las piernas de la gente. En un principio atribuí su renuencia a mi poca familiaridad con los felinos, pero estaba equivocado. Una chiquilla se agachó para observarle en una ocasión en el Callejón del Relámpago y Chibi no trató de huir, pero en cuanto quiso acercarse a él, la esquivó con una rapidez cortante. En su rechazo noté un destello pálido, frío.

Debo añadir que maullaba en muy raras ocasiones. Cuando aparecía por el callejón, a veces creía escuchar débiles gemidos que nunca llegaron a componer un maullido completo. Es probable que no quisiera acostumbrarnos al sonido de su voz.

La atención que dedicaba a las cosas cambiaba con una rapidez sorprendente, rasgo de su carácter que no perdió cuando se hizo más grande. No sé si se debía al hecho de jugar solo la mayor parte

del tiempo en el inmenso jardín, pero lo cierto es que reaccionaba con una vivacidad fuera de lo común cuando veía insectos o reptiles. Llegué incluso a creer que era sensible a las invisibles metamorfosis del viento y de la luz. Aunque es frecuente observar esos movimientos en los gatos, las reacciones de Chibi eran excepcionalmente agudas.

«¡Por algo es el gato del Callejón del Relámpago!», dijo mi mujer, admirada, en una ocasión en la que Chibi pasaba por delante de ella.

De tanto jugar con el niño, se convirtió en un maestro en el arte de la pelota. El chico tenía una de caucho del tamaño de un puño. Hipnotizado por su rítmico rebotar, poco a poco me entraron ganas a mí también de salir a jugar a nuestro jardincillo. Después de barajar distintas opciones, un buen día me hice con una pelota de ping-pong que encontré olvidada en el fondo de un cajón.

La boté sobre el enlosado de cemento que había bajo el *nure-en* [6]. Chibi se aplastó contra el suelo sin perderla de vista un solo momento. Al fin, a fuerza de permanecer concentrado en esa postura, la tensión alcanzó su paroxismo: juntó sus cuatro patas, reculó ligeramente y se agazapó formando un ovillo. De un salto febril, sin rozar el suelo, se abalanzó sobre la pequeña pelota blanca. Después de hacerla ir y venir muchas veces con sus patas delanteras, la deslizó entre mis piernas.

Su humor caprichoso se hizo evidente incluso en mitad de ese ejercicio increíblemente sutil y técnico. Abandonó la pelota sin más, y antes de que pudiera darme cuenta había vuelto a adoptar la posición de ángulo recto. Un instante después, golpeó con su diminuto puño la cabeza de un sapo que trataba de camuflarse tras una piedra. Sin apenas transición, se lanzó al lado opuesto, metió sus patas delanteras entre la hierba, se revolcó, expuso al sol su vientre blanco, me miró y se alejó con pequeñas ondulaciones. Sin dedicarme más atención, de un salto vertical atrapó la manga de una prenda tendida en la cuerda de la ropa y se esfumó por la puerta de madera en dirección al jardín grande.

Algunos de mis amigos enamorados de los gatos afirman que estos únicamente se divierten con la pelota cuando son cachorros. Sin embargo, comprobé por mí mismo que no solo siguió jugando

con ella, sino que sus progresos eran vertiginosos.

Chibi tenía otra peculiaridad. Era, por usar los términos de la propietaria de la casa, «un gato con muy buena facha». Que aquella anciana, que había hostigado a una buena cantidad de felinos a lo largo de su vida, hiciera ese comentario, significaba que era un juicio objetivo.

Como dice una fotógrafa profesional, los enamorados de los gatos consideran que el suyo es la maravilla entre las maravillas, como si estuvieran ciegos ante todos los demás. Ella también los adora, pero, consciente de ese defecto, solo hace fotos a los que nadie quiere, a los errantes, a los que carecen de encanto.

El gran aficionado a la pelota empezó a convidarnos de vez en cuando a jugar con él. Entraba en nuestra habitación, nos lanzaba una mirada penetrante y nos incitaba a seguirle. Si no le hacíamos caso, reiteraba su invitación dos o tres veces, sin un solo maullido, hasta obtener satisfacción. Mi mujer solía dejar lo que tuviera entre manos y, divertida, se calzaba las sandalias para salir al jardín.

Después de jugar hasta el agotamiento, Chibi adquirió la costumbre de volver a entrar en el pabellón para descansar un rato. La primera vez que durmió con nosotros, tumbado en el sofá como una perla, con la cola que parecía dibujar una coma, la casa entera se inundó de una profunda alegría, una de esas escenas solo alcanzables en los sueños.

Para escapar del escrutinio de la abuela, Chibi se refugiaba en nuestra casa. Por mi parte, empecé a comprender la psicología de los enamorados de los gatos. Por mucho que me fijase en los que salían en la tele, por mucho que hojeara calendarios o revistas, no encontraba uno solo que superase a Chibi en finura. No obstante, y a pesar de que la convicción de que se trataba de un gato excepcional se apoderó de nosotros, no nos pertenecía.

Escuchaba el tintineo de su cascabel. Un instante después aparecía. Dejé de llamarlo por su nombre. A partir de cierto momento se convirtió en Clin Clin. A veces, sin saber muy bien por qué, cuando me dominaba el ansia por verle, era ese el nombre que se me venía a los labios.

«¿No viene Clin Clin?», me preguntaba en ocasiones mi mujer. Poco después se escuchaba el sonido del cascabel. «¡Ahí está!».

En cuanto aparecía a la altura del segundo quiebro del Callejón

del Relámpago, mi mujer se alborozaba. Chibi salía de la casa de al lado, cruzaba el muro que marcaba el límite entre los dos terrenos, bordeaba el pabellón y se acercaba hasta la galería que daba al jardín. Apoyaba sus patas delanteras en el marco de la ventana, que desde fuera quedaba a la altura de las rodillas, estiraba el cuello y echaba un vistazo al interior.

El invierno llegó. Poco a poco, Chibi empezó a formar parte de nuestra rutina diaria, de igual manera que una pequeña corriente de agua brota de un manantial, empapa el suelo y perfila una inclinación imperceptible en el terreno. Sin embargo, eso que llamamos destino guiaba ya ese flujo que acompasaba nuestro tiempo.

4.

Nada más lejos de mi intención que utilizar a la ligera la palabra «Fortuna», pero a medida que aumentaba la frecuencia de las visitas del gato de los vecinos, comprendí que había cosas imposibles de expresar de otra manera.

La casa grande se había construido a comienzos de la era Showa para un militar originario de Kioto. El diseño del jardín se confió a expertos jardineros llegados de la antigua capital. El terreno, de cerca de quinientos metros cuadrados, se extendía de este a oeste. En la parte sur canalizaron el agua mediante un ingenioso sistema para favorecer delicadas floraciones que alegraban la vista en cada estación del año. También plantaron muchos árboles de distintas especies.

Ligeramente desplazado del centro, había un estanque que recogía el agua de una cascada. En la parte que quedaba junto a la galería, hundidas en el suelo, habían colocado dos macetas con nenúfares, una de ellas con flores de color rosa, la otra con flores blancas. En el borde del estanque, un pequeño brasero de porcelana china esmaltado en azul y decorado con motivos florales, lleno hasta el borde de un agua negruzca, parecía esconder más nenúfares.

Los actuales propietarios compraron la casa a finales de los años cincuenta. Sus cuatro hijos hacía tiempo ya que habían emprendido su propio camino, y desde que la pareja se quedó sola el amor por los árboles del primer dueño pareció transmitirse al anciano.

Fue en el verano de 1986 cuando el empleado de una agencia inmobiliaria que había junto a la estación nos mostró el pabellón

anexo a la vivienda. Estábamos obligados a dejar la casa en la que vivíamos debido a un contratiempo y no nos quedaba más remedio que mudarnos. Extenuados por el considerable consumo de energía necesario para encontrar un nuevo hogar, terminamos por desistir. Consultamos a uno de nuestros conocidos, que además era vidente. Nos habló de los ciclos, nos los explicó con la ayuda de una especie de tablero en el que buscaba orientaciones apropiadas en magnitudes de quince grados[7]. Contra todo pronóstico, fue en ese espacio limitado en forma de abanico plegado donde terminamos por encontrar la ubicación de la casa.

Justo al final de la calle comercial, que aún conservaba cierto sabor de otra época, nada más alcanzar el extremo de la siguiente, estrecha y en ligera pendiente, se desembocaba en otra calle residencial que descendía hacia el sur. Era ancha, con poco tráfico, con jardines a ambos lados. Cada uno de ellos ostentaba su propio arte en la disposición de árboles y flores, proponiendo estampas de lo más variadas. Una atmósfera, en fin, apacible y serena. Me embargó la profunda calma de aquel lugar, experimenté una misteriosa paz, como si una mano familiar me acariciase el pecho a la altura del corazón. Me dio la impresión de que era un barrio donde vivían muchas personas mayores.

El hombre de la inmobiliaria nos enseñó una casa antigua situada a la izquierda, cuya puerta de entrada estaba cubierta por el tejado, que a su vez quedaba disimulado por las ramas de un pino. La mitad inferior del muro que la rodeaba estaba revestida con varas de bambú. Continuamos por el pequeño callejón, que se bifurcaba justo delante de la casa.

Maquiavelo, según dicen, tenía la siguiente idea del destino: la Fortuna dominaba más de la mitad de la vida humana, y la otra mitad, o más bien lo que quedaba de ella, trataba de hacerle frente con lo que él denominaba *virtù*. Para él la Fortuna eran los trazos realizados por una diosa caprichosa de humor cambiante, como un río de desbordamientos imprevisibles.

Miembro del gobierno de la república de Florencia, Maquiavelo ha pasado a la posteridad como un pensador político de consumado pragmatismo, pero no deberíamos olvidar que también fue un poeta dotado con un lenguaje exuberante, autor de numerosas fábulas y cuentos. En sus textos, a través de formas de expresión de lo más

diversas, el término «Fortuna», o el de «*virtù*», que no se podría definir sin la ayuda de veinte palabras o más —coraje, virtud moral, genio, habilidad, valentía, perseverancia, ímpetu…—, e incluso el de «necesidad», es decir, obligación o desesperanza, transmiten al lector una grandeza muy particular. *Virtù di necessita*, según Maquiavelo, esto es, mostrar coraje en situaciones complicadas, es con lo único que podemos oponernos al destino.

Cuentan que cuando asociaba la idea del destino a un río, era el Arno el que tenía en mente, pues a menudo anegaba la ciudad. Al margen de sus responsabilidades como secretario oficial del gobierno, se esforzó en colaborar con Leonardo da Vinci, al que habían nombrado arquitecto militar, para llevar a cabo un gigantesco proyecto que pretendía cambiar el curso natural del río. Sin embargo, el plan, elaborado hace quinientos años, fue rechazado por un destino que tenía dos caras: la de los incendios naturales y la de los provocados por la mano del hombre, a saber, las guerras.

Al leer sus obras, sobre todo *El Príncipe*, de entre todas las metáforas que utiliza a propósito de la Fortuna, la que aparece en el capítulo XXV, la extensa reflexión sobre la imprevisibilidad de los desbordamientos de los ríos, me parece particularmente penetrante. Sin duda, la amargura que dictó esas frases venía de una experiencia personal, de un fracaso sufrido en carne propia:

> Yo la suelo comparar a uno de esos ríos torrenciales que, cuando se enfurecen, inundan los campos, tiran abajo árboles y edificios, quitan terreno de esta parte y lo ponen en aquella otra; los hombres huyen ante él, todos ceden a su ímpetu sin poder plantearle resistencia alguna[8].

Para los seres vivos, sin embargo, dar media vuelta en determinado punto del camino, deslizarse hacia un interior a través del intersticio de una puerta, ¿no es acaso un gesto espontáneo, un gesto de la misma naturaleza que el que hace brotar un arroyo? Algo que se repite de sol a sol hasta formar una corriente que un día desembocará en un río más caudaloso… ¿No se podría interpretar también en ese sentido el pensamiento fundamental de Maquiavelo, no el del autor de tratados políticos, sino el de los cuentos y fábulas?

5.

Cocina y comedor ocupaban el primero de los ángulos rectos del callejón en forma de relámpago. A través de la ventana que quedaba delante del fregadero y que miraba al oeste, se divisaba la de la cocina de la casa principal. En el lado opuesto, desde el mirador del comedor orientado al este, por encima del muro se veían las cabezas de la gente que pasaba por el sendero.

Recorriendo el interior de la casa hacia el lado sur, a la derecha estaba la puerta corredera de cristal esmerilado de la entrada, a la izquierda los *fusuma*[9], que disimulaban un armario, el vestíbulo y luego una habitación de seis tatamis en cuya pared, nada más entrar, se descubría el *tokonoma*[10]. La otra mitad de esa pared estaba ocupada por un armario empotrado de al menos un metro de ancho. Hacia el este, otra puerta corredera de cristal que imitaba un *shoji*[11] permitía entrever la espalda de la gente que caminaba por la segunda bifurcación del Callejón del Relámpago. Nada más dejar atrás la habitación de los tatamis, se llegaba a otra más pequeña, entarimada, que daba al reducido espacio exterior orientado al sur donde estaba el tendedero. Justo detrás estaba la valla cubierta de musgo, que formaba un codo antes de continuar su recorrido. El magnífico jardín de los propietarios abrazaba, por tanto, todas las orientaciones posibles del pabellón.

Ventanas por todas partes. Al mirar por la redonda que había en la pared de la habitación entarimada orientada al oeste, cubierta con una persiana estriada de finas láminas de bambú entrecruzado, deduje que aquel espacio no solo había servido en el pasado como habitación del té, sino que también estaba concebido para facilitar

la contemplación de la luna. Nos explicaron que en otra época la vista desde allí no tenía parangón, pero después de construir justo enfrente el espacio que albergaba el baño, la escena exterior se rompió y en el interior los muebles terminaron por estropear el estilo refinado, elegante y austero de su arquitectura.

Las numerosas ventanas del pabellón nos causaron a los potenciales y fatigados inquilinos que éramos una impresión de deliciosa libertad. La que daba al sur llegaba a la altura de las rodillas. Era un enorme ventanal de unos cuatro metros cuadrados desde el que se abarcaba un considerable pedazo de cielo. El jardín grande se extendía al otro lado del muro. En la casa de al lado, por el contrario, ninguna ventana que apuntara hacia nosotros era digna de ese nombre. Por si fuera poco, la misma orografía del terreno, en razón de una pendiente inclinada en diagonal hacia el sur, evitaba que las miradas indiscretas se colaran dentro del pabellón. Las tejas del tejado que llegaban casi a morder el suelo habían sido reemplazadas por un vidrio reforzado para transformarlo en un tragaluz intrépidamente inclinado, que permitía el paso de los rayos de un sol que lo inundaba todo.

Seis meses después de instalarnos, un día de comienzos de la primavera de 1987, abrí de par en par las ventanas y el viento del sur se coló con el ímpetu de una avalancha. No solo la ventana de encima del fregadero, sino las puertas acristaladas de las habitaciones, el mirador del comedor, las ventanas del baño, todas ellas las abrí una tras otra hasta que el interior de la casa se inundó con el rugido de una tormenta, transformándose en una caverna donde el viento ululaba a su antojo.

Estupefacto, impotente ante la furia del viento, miré hacia el tendedero. Por encima, las nubes se deslizaban a una velocidad de vértigo. Dos ramas cubiertas de muérdago en forma de brazos entrecruzados se habían partido y desplomado en el suelo. Levanté la vista un poco más hasta que pude atisbar el olmo de la casa vecina. El pabellón, el tronco, las ramas, todo confundido en un ulular sin tregua, en un torbellino que parecía querer lavar la cara del mundo. El tragaluz difuminaba los rayos de sol, que aparecían y desaparecían en breves intervalos; los pétalos de las flores del ciruelo se mezclaban con el viento, las hojas de papel volaban sobre la mesa, se dispersaban por el suelo, como si ensayasen una

coreografía dotadas de voluntad propia.

Nuestras cosas terminaron por encontrar su sitio. El paso de las estaciones se hacía evidente en todo el jardín. Pensé de nuevo que la decisión de instalarnos aquí había sido un acierto.

A la parte de la habitación entarimada orientada al sur la llamaban «el techo abuhardillado». Se referían con ello a una forma concreta de construcción en la que el alero exterior parece proyectarse hacia el interior, dejando a la vista vigas y crucetas. El vidrio semiopaco del tragaluz tenía una persiana de bambú trenzado. Solía tumbarme justo debajo, sobre una estera de juncos que cubría el entarimado, apoyado en el codo, sujetándome la cabeza con la mano a modo de almohada. Desde allí acechaba las sutiles metamorfosis de la luz.

Un día empezó a caer la lluvia de primavera. Observé la atropellada carrera de las gotas sobre el cristal como harían sobre una placa de laboratorio. Desde mi posición apreciaba las variaciones en su grosor, intuía detrás de ellas el movimiento de las nubes, el torbellino de las hojas. Una silueta pardusca de caminar indolente, que correspondía con toda seguridad a un merodeador que salía y entraba a su antojo de nuestro terreno, mostró tan solo su largo vientre laminado. Un poco más tarde, un pájaro se posó sobre el tejadillo de cristal y dejó impresa la huella rosada de sus patas. Empezó a resbalar y, al sentir el peligro, saltó sin perder un segundo hasta el enrejado. Como el cristal era medio opaco, no pude distinguir de qué especie se trataba.

En el esfuerzo siempre pospuesto que me suponía decidirme a dejar mi empleo en una editorial, transcurrieron dos o tres años.

Cuando iba a la ciudad, con el pretexto de que formaba parte de los compromisos sociales de mi trabajo, bebía hasta no ser capaz de controlarme. Los fines de semana los dedicaba a jugar al béisbol como un loco, malgastando a voluntad un tiempo precioso que debería haber consagrado a la escritura. A fuerza de dejar pasar los días, mi oficio de editor, que consistía en sostener y mejorar la escritura de los demás, empezó a carecer de sentido.

Un buen día, a causa de la fatiga producida por un entrenamiento demasiado intenso, me salieron unas ampollas en el antebrazo derecho. Más tarde se reprodujeron en el hombro derecho y se extendieron hasta la nuca. Ignoro si la facultad del

lenguaje atraviesa esa zona cercana al hemisferio izquierdo del cerebro, pero durante cierto tiempo mi pensamiento funcionó al ralentí. Tenía la impresión de que las palabras ni siquiera se tomaban la molestia de formarse.

Un virus había atacado la mitad derecha de mis miembros superiores, sostenidos por nervios muy debilitados. Tenía lo que se conoce como un herpes. A pesar del mes de tratamiento, nunca llegué a saber a ciencia cierta si esa mutación en mi cuerpo volvería o no a atacarme. Era la ocasión y la excusa perfecta para dejar el trabajo. Sin embargo, sin la certeza de lograr salir adelante por mis propios medios, no siendo capaz de reconquistar o encontrar la energía suficiente para decidirme a cortar, dejé pasar el tiempo entre la lasitud y el hastío. Una vez recuperado el equilibrio, gracias a la mudanza a nuestro nuevo hogar, me pareció intuir un propósito renovado para los años que estaban por venir.

Me acerqué a mi mujer, que estaba en la cocina.

—¿Por qué no vamos a tomar un café? —le propuse.

—¡Me das miedo!

Su precaución significaba que desde hacía tiempo sabía lo que le iba a decir.

Yo había calculado el dinero con el que podía contar gracias a varios encargos y a mis derechos de autor. Sobre la mesa de un café, en la calle comercial de la estación, desplegué una tabla en la que estaban marcadas por meses las previsiones de entrada de dinero. El trabajo de mi mujer, contratada también por una editorial, consistía en releer pruebas, verificar datos y su proveniencia, corregir faltas de ortografía, rehacer frases mal construidas si era necesario. Después de sumar sus ingresos anuales a los míos, llegamos a la conclusión de que podíamos trabajar juntos en casa.

Quedó demostrado que estábamos en condiciones de subsistir por nuestros propios medios durante, al menos, un año y medio. Sin embargo, éramos plenamente conscientes de que transcurrido ese plazo nada nos ofrecía una garantía. Se lo propuse convencido de que no podía dejar espacio para el más mínimo titubeo, puse todo mi entusiasmo en defender las bondades de la nueva vida que se abría ante nosotros. Mi mujer no disimuló sus temores, pero consciente del considerable esfuerzo de voluntad que suponía para

su marido dejar el trabajo, ella, que había sido testigo del largo periodo de tribulaciones que había precedido a la decisión, no fue capaz de objetar nada.

De vuelta a casa, cenamos algo y nos sentamos de nuevo a la mesa de trabajo, situada frente a la ventana orientada al sur. Cada cual por su lado se concentró en lo suyo, en ese oficio sin brillo de lo más fastidioso. Cuando me quise dar cuenta, la noche estaba ya muy avanzada. Mi mujer levantó la vista un momento y sin moverse del sitio emitió una ligera exclamación.

La luna llena fluía como un río caudaloso teñido de blanco, colmando con toda su enormidad los cuatro metros cuadrados de cristal atravesado en damero por finísimos hilos de metal.

6.

Algunos escritores y el tiempo que trabajé a su lado me enseñaron que no había nada como una vida de libertad. Fue una certeza nacida al cabo de los largos años que viví en contacto con ellos. No soy capaz de descifrar, sin embargo, el misterioso transcurrir de las cosas que me empujó a dejar de buen grado un trabajo que me había permitido colaborar, aunque el poder del que disponía fuera ínfimo, en una actividad de creación de primer nivel.

Unido a ellos por el respeto que me inspiraban, pero sin olvidar mantener la distancia imprescindible para evitar colocarlos en un pedestal, asistí a los inicios de la carrera de algunos hombres de letras. Tenía treinta y cinco años, y antes de entrar definitivamente en la edad adulta tuve que cumplir con las formalidades de mi dimisión.

Dejé la editorial en el verano de 1987. Al fin era libre. Sucedió, sin embargo, que en el mes de enero del año siguiente me golpeó la brutal noticia de que uno de mis amigos íntimos, al que llevaba un tiempo sin ver, estaba a punto de morir.

Y. era mayor que yo. Compañero de bebida, de béisbol y, por encima de todo, un poeta admirable, como pocos entre la gente de mi generación. Casado, padre de dos hijos, se había comprado una casa en las afueras, en Saitama. A partir de cierto momento me di cuenta de que siempre encontraba pretextos para declinar mis invitaciones a jugar al béisbol. Dejé de proponérselo y terminamos por alejarnos.

Después de una intensa vida laboral en una editorial de Tokio, trabajo que a menudo le obligaba a volver a casa en el último tren

de la noche, le descubrieron un cáncer de intestino y le sometieron a una larga operación en la primavera de 1986. Los médicos le dijeron lo mismo que al resto de sus amigos, que se trataba de una obstrucción intestinal. Hombre del país de nieve[12], tenía un carácter fuerte y nada más salir del hospital retomó su trabajo, aunque supe que, cuando hacía transbordo, bajaba y subía las escaleras de las estaciones despacio, apoyándose en los pasamanos.

Prácticamente no había publicado nada. Los seres nobles no pretenden apartar a los demás para abrir su propio camino. Era además un tiempo en el que el río al que llamamos «época» aceleró su curso y dejó a un lado a las personas íntegras.

Sin más demora, fui a verle. Le encontré en la cama, convaleciente, silencioso, puro, como una fiera agotada. Sonrió penosamente con su cara hinchada.

En el pasillo del hospital, el doctor me explicó que apenas le quedaban dos semanas de vida. Pensé: «Date cuenta de que te están matando». Y sentí que veía claramente aquello que se lo iba a llevar.

Sin embargo, se produjo un cambio inesperado en su estado. Las células cancerígenas empezaron a destruirse de forma natural y a evacuarse con la orina. Parecía que por el momento Y. estaba milagrosamente salvado. El efecto de los potentes analgésicos provocó que recuperase la magia en su forma de hablar, como en la época en la que nos emborrachábamos juntos, y que conversase animado con todos los que iban a verle. Había dejado mi trabajo, y el tiempo me pertenecía. Durante cuatro meses acudí regularmente a aquel hospital situado en las afueras como si fuera a pasar un rato en el bar de la esquina.

A lo largo de ese tiempo Y. corrigió los poemas que su entorno había reunido con vistas a la publicación de una antología, incluso releyó las pruebas. Después del trabajo de puesta a punto, logró, bien que mal, escribir otros cuatro poemarios antes de apagarse del todo a finales del mes de mayo de 1988.

Fue muy cruel que tuviese que morir cuando apenas había superado la treintena. Me doy cuenta ahora, pero aquel fue un tiempo en el que jugamos inconscientes en la cresta de una ola entre la salud y lo irreparable.

El descubrimiento de la existencia de una cámara oscura en la

casa tuvo lugar cuando aún estaba consternado por la inesperada noticia de la enfermedad de Y. A primera hora de la tarde mi mujer me llamó desde la cocina. Fui a ver pero no estaba allí. En realidad, su voz llegaba desde la bifurcación del Callejón del Relámpago.

«¡Mira bien! Ahí, en la ventana de la cocina».

En un rincón de la cocina que solo servía para permitir la apertura de la puerta del baño, la penumbra se apoderaba de la ventana, que se extendía como una pantalla panorámica. Era la única en toda la casa orientada al norte, por eso siempre permanecía cerrada. En mitad del cristal esmerilado se reflejaban los contornos de la valla. Era la primera vez que me fijaba en aquellas tenues líneas verdes. En ese momento escuché el ruido de unos pasos que se acercaban despacio por la derecha. Mi mujer apareció, sin embargo, por la izquierda, como si caminase de puntillas, retrato de cuerpo entero al natural. Mientras la observaba, su imagen se desvaneció por el lado opuesto al del ruido de sus pasos.

Abrí la ventana. Había un agujero en una de las vetas de la madera de apenas el diámetro de una moneda. Al acercar el ojo, contemplé el verdor lujuriante del sendero que quedaba detrás. La luz se reflejaba verticalmente en el orificio.

Le pedí a mi mujer que se acercara y se alejara. No me cansaba de jugar con aquella ilusión óptica provocada por la luz. Le pedí que entrase para ocupar su lugar en el sendero. Al final, nos sentamos en el suelo de la cocina a la espera de que pasara alguien. Aquella casa en la que el viento campaba a sus anchas, en la que una cámara oscura reflejaba solo lo imprescindible, me aportaba paz.

7.

Mi memoria evoca sin descanso la escena de cuando Chibi entró por primera vez en casa. A mediados de septiembre, el estado de salud del emperador, que había escupido sangre, empeoró bruscamente. El otoño de 1988 estaba muy avanzado y todo el mundo sentía el luto en el alma.

Delante del jardincillo de nuestra casa, separado del principal tan solo por una pequeña valla, había una base de cemento, construida para colocar una lavadora. Un mediodía resplandeciente se acercó; no sé exactamente en qué momento se coló por el minúsculo espacio que había quedado abierto en la puerta corredera, y sus cuatro deslumbrantes patas blancas se posaron sin vacilar sobre el cañizo del suelo inundado de sol. Exhibiendo una curiosidad digna de los de su especie que emanaba de todo su cuerpo, oteó tranquilamente el modesto interior de la casa.

La propietaria trataba de dar caza incansablemente al gato tricolor de los vecinos del sur. De vez en cuando, también aparecía por allí una vieja gata vagabunda pardusca, más bien de color barro con trazas de tinta. La anciana le dijo a mi mujer que aquella gata había llegado incluso a abrir las puertas de la casa y entrar cuando no estaban. La había bautizado con el afectuoso nombre de Fanguito.

Una de las cláusulas del contrato de alquiler estipulaba que estaba prohibido tener niños o animales, pero la abuela excusó ese detalle con un tono familiar. En realidad, al incluirlo, su marido y ella solo pretendían asegurarse cierta tranquilidad.

La vida apacible terminó al poco tiempo, cuando el anciano,

muy desmejorado, se vio obligado a guardar cama en la habitación de su casa orientada a poniente. Pensé que la abuela dejaría de perseguir gatos. De todas maneras, poco podía hacer, dado el tamaño del jardín y la altura del muro perimetral. A partir de ese momento, los gatos asiduos se entregaron más que nunca a sus juegos, a sus gestos caprichosos, con el corazón desbocado de alegría.

Ahora que Chibi le había tomado el gusto al pabellón, abrimos para él una pequeña gatera en el intersticio de una puerta, y así, como quien no quiere la cosa, se acostumbró a entrar por allí. No hacía travesuras, se contentaba con inspeccionar todos los rincones. No era extraño descubrir la blancura deslumbrante de su pelo, salpicado de manchas grises, mezclada con los objetos de la habitación.

Como ya he mencionado, Chibi no maullaba. Tampoco se dejaba coger en brazos. Si intentábamos levantarlo del suelo, soltaba un ligero grito, tan débil que en realidad dudábamos haber escuchado algo, mostraba los dientes y escapaba de las manos que lo retenían.

En mi caso, víctima propiciatoria de sus mordiscos, me convertí también en el objeto de las burlas de mi mujer. Se mofaba de un marido incauto que una y otra vez lograba que le mordieran. «Ni siquiera voy a intentar cogerlo en brazos. Hay que dejarlo enteramente libre», decía ella. Chibi no se dejaba ni siquiera acariciar. Iba y venía a su antojo por toda la casa, y dormía cuando le placía.

Entre el final de 1988 y principios del año siguiente, consagré todo mi tiempo a dos obras que debía terminar. La noche del 31 de diciembre fui a tocar la campana a un viejo templo del barrio[13]. Mi primera salida del año fue al santuario situado al otro lado de la casa. Después, descorrí los faldones del *noren*[14] de un restaurante de *soba*[15] que no cerraba en toda la noche. Al margen de ese pequeño ritual, permanecí anclado a mi escritorio sin notar siquiera la transición entre un año y otro, sin disfrutar de la indolencia del día de Año Nuevo. El trabajo apremiante transformó la dulzura de la casa en un ambiente severo. Me sumergí en un estado de urgencia y la fatiga se espesó a mi alrededor hasta que se apoderó de mí. Sin embargo, a través del ventanal que tenía frente a la mesa, vi una silueta blanca que me observaba con sus dos patas

delanteras sobre el alféizar y las traseras apoyadas en el *nure-en*, donde se aupaba para curiosear.

Abrí la ventana y dejé pasar al visitante que el alba del invierno me había enviado. En ese momento, de un solo golpe, todo regresó a la vida.

Era nuestro primer huésped del día de Año Nuevo, nuestro *reija*[16] particular. Un visitante que, curiosamente, entraba por la ventana y no pronunciaba las cortesías habituales, aunque sus dos patas apoyadas con sumo cuidado la una junto a la otra parecían formar el gesto de un saludo.

Fue así como empezó el año. El 7 de enero, la noticia de la muerte del emperador recorrió el país. Casi simultáneamente concluí mis dos trabajos pendientes. Ambos trataban sobre béisbol.

8.

Acondicioné la gatera para que ningún gato que no fuera Chibi pudiera pasar.

En la parte baja de la ventana orientada al sur había una abertura en el cristal esmerilado de unos cuarenta centímetros de alto que antiguamente se utilizaba para tirar directamente el polvo al exterior sin necesidad de abrir la ventana. Si se quedaba abierta unos siete centímetros, permitía el paso de una corriente de aire que solía preceder a la llegada de Chibi. Para evitar que entrasen el aire frío o los insectos, coloqué a modo de cortina una tela gruesa de algodón color azul índigo decorada con motivos florales.

En un rincón de la habitación del tatami dispuse una caja de mandarinas vacía a modo de habitación privada. Extendí una tela acolchada en el fondo y dejé un platito a un lado para la comida. Coloqué también una escudilla con algo de leche.

Un día, Chibi se presentó después de que trasladáramos la caja a otra habitación para poder hacer la limpieza. Al darse cuenta de que no estaba en el lugar de costumbre, pareció muy sorprendido y se sentó allí mismo con las patas delanteras muy rectas.

Su collar rojo era sustituido en ocasiones por otro malva. Nunca sabíamos con qué collar se presentaría. Chibi parecía aceptar poco a poco los mimos que le dispensaban los habitantes de una casa que no podían cambiarle aquel collar por otro de su gusto.

En una ocasión, se encontró con dos redactores que habían venido por casualidad a visitarme. Consciente de su presencia, como si quisiera demostrar lo bien que le tratábamos, se puso a dar vueltas y más vueltas alrededor de mi mujer, que estaba de pie.

Un mediodía, después del equinoccio de primavera, vino con un gorrión entre sus fauces. Tenía el pelo erizado, no dejaba de ronronear, hacía ruido a propósito mientras corría por toda la casa. Había oído algo sobre ese hábito que tienen los gatos de mostrar las presas a sus dueños, pero por la minuciosidad con la que recorría la casa una y otra vez sin dejar de ronronear, parecía como si en realidad se lo mostrase a la propia casa. Al cabo de un rato salió al jardín, y en un rincón donde florecía la colza jugó con el infortunado gorrión hasta que dejó de moverse.

«Si no se lo he impedido —dijo mi mujer después de enterrar al pájaro cerca del huerto— es porque me complace ver a los animales hacer lo que les corresponde».

En abril contemplamos el vuelo rasante de una multitud de minúsculas mariposas que parecían conchas azul ceniciento. Volaban tan bajo que teníamos la impresión de pisarlas al caminar.

«Todos los animales, los gatos sin ir más lejos, tienen su propio carácter, lo cual les confiere un interés particular, mucho más que si los metemos a todos en el saco de una misma especie —dijo mi mujer en una ocasión—. Para mí Chibi es un amigo que me comprende, un amigo con apariencia de gato».

Su explicación, exenta de sentimentalismo, me pareció que resumía bien la mejor forma que había de quererlo. Al parecer la había tomado prestada de algún eminente pensador. Ella tenía la costumbre de anotar todos los días en un cuaderno los gestos y hazañas de Chibi.

En junio le confié el cuidado de la casa y me marché de viaje por varias ciudades de Canadá y Estados Unidos. En ese tiempo, el comportamiento de Chibi experimentó un cambio. El gato que habíamos conocido hasta entonces nunca habría osado caminar sobre los futones extendidos en el suelo. Sin embargo, una noche en que mi mujer ya estaba acostada, se acercó cauteloso, se coló bajo el edredón y se tumbó. Mi mujer me contó que estuvo toda la noche a su lado.

Por ser poco precavido, terminé por agarrar una fuerte gripe en América. El día de mi regreso, me acosté nada más llegar. Como ya se había convertido en un hábito para él, Chibi saltó al futón para darse cuenta de inmediato de que el ser humano que había allí encima, resguardado bajo las sábanas, no era la persona con la que

estaba familiarizado.

Tras un instante de duda, saltó de nuevo, en esta ocasión hasta la cómoda, examinó su reflejo en el espejo y desde allí, con todo el cuerpo en tensión, brincó por última vez hacia la oscuridad del armario. Fue así como hizo de aquel lugar escondido en lo alto del armario, tras una cortina de algodón color índigo, su aposento principal. A partir de entonces, venía en cualquier momento a echarse un sueñecillo. Para poder dormir también nosotros, sacábamos los futones de la parte alta del armario en cuanto caía la tarde.

9.

21 de junio de 1989. Ese fue el día en que mi mujer rompió toda relación con Chibi.

Un pariente de Kyushu vino a Tokio y le trajo un regalo. Eran *shakos*[17], esos deliciosos crustáceos del mar de Ariake[18] que allí llaman *shappa*. Abrí el paquete y me pregunté si acaso no eran el doble de grandes, o casi, que los que suelen servir en los restaurantes de sushi.

Con la cabeza coronada por dos pares de antenas, una grande y otra más pequeña, cuentan también con cinco pares de patas, el segundo de los cuales les nace del vientre a modo de tenaza que les sirve para atrapar langostinos o cangrejos. La cola está aplastada en forma de plancha, lo cual les permite cavar agujeros en el cieno de las aguas poco profundas. De un ligero marrón, tienen la espalda estriada con líneas irisadas.

Los *shakos* de principio de verano, llenos de huevas, lo más delicioso de todo, son sin duda un manjar extraordinario. Sin más dilación los cocimos con un poco de sal para servirlos en la cena. Tras el tintineo del cascabel, nuestro huésped felino hizo su aparición.

Desde que Chibi notó la presencia de los *shakos*, se apoderó de él una enorme excitación. Su actitud fue radicalmente distinta a la que mostraba cuando esperaba el trozo de pescado asado o crudo que solíamos darle. Mi mujer, sin dejar de hablarle como tenía por costumbre, le puso delante del hocico el crustáceo pelado que sostenía con los dedos.

El gato tenía el pelo erizado como la aleta dorsal de un escualo.

Su enorme cola dilatada parecía la de un tejón. Después de devorarlo en un abrir y cerrar de ojos, empezó a mostrar síntomas de una excitación bien distinta, ya fuera por su sabor, por su consistencia o por la agradable sensación de haberlo pasado por el gaznate.

Mi mujer le peló otro. Chibi se abalanzó sobre él y lo engulló de un bocado. Poco después, le dio un tercero. En el momento en que lo engullía, vi desde donde estaba sentado, justo enfrente de él, cómo su lengua roja se revolvía. No pudo esperar a que le diese uno más. Cómo explicarlo: su cuerpo entero desprendía una exasperación sin límites motivada por la lentitud de mi mujer al pelarlos. Sus ojos se rasgaron como los de un demonio enfurecido, sus patas delanteras apoyadas encima de la mesa se transformaron en afilados garfios.

«¡No, espera!».

Los dientes de Chibi, impacientes por cobrar su presa al precio que fuera, se hundieron en la palma de la mano de mi mujer, que trataba de alejar el plato donde tenía los preciados *shakos*.

La sangre salió a borbotones. Más que un grito, lanzó un bramido de cólera. El tremendo e inesperado golpe que recibió Chibi le hizo volver en sí y disipó el encantamiento que se había apoderado de él.

«¡Lárgate! ¡Lo nuestro se acabó!».

Sorprendido por la violencia de su tono de voz, Chibi se esfumó por el hueco de la ventana. La expresión «lo nuestro se acabó» me resultó divertida. Comprendí pronto, sin embargo, que mi mujer no la había utilizado a la ligera.

«¡Me ha mordido de verdad!», exclamó mi mujer retorciéndose de dolor. Al principio pensé que no se trataba más que de un desagradable incidente pasajero relacionado con unos simples crustáceos, pero en realidad la herida era mucho más profunda de lo que había supuesto.

La gatera permaneció cerrada algún tiempo. La tela azul estampada con flores, la antigua caja de mandarinas, el plato, la tela acolchada…, mi mujer lo guardó todo. Al día siguiente, al otro también, borró sin decir una sola palabra las huellas de unas patas que habían ensuciado la ventana grande.

Pasaron tres días. En la noche del cuarto…

Escuchamos un ruido en la ventana, que seguía cerrada a cal y canto. El ruido se repitió, más fuerte en esta ocasión. Mi mujer se levantó, salió de la habitación y fue a descorrer las cortinas. Una cara tensa, obstinada, golpeaba la frente contra el cristal.

Llegado a este punto, me permito echar un vistazo a las notas de mi mujer y he aquí lo que leo: «Tan blanco, tan pequeño, como un pájaro con los ojos bien abiertos que a pesar de todo se golpea contra un faro».

10.

A mediodía del 7 de julio de 1989 sonó el teléfono. Una llamada de un lugar cercano nos avisaba de que la ambulancia que venía a buscar a los propietarios había llegado. Sin poder evitar cierta tensión, salí a despedirme.

Subieron al anciano a una camilla con ruedas. Parecía deslumbrado por el sol radiante. El conductor, con sus guantes blancos, quiso plegar las ruedas de la camilla para introducirla por la parte de atrás de la ambulancia, pero lo hizo en el sentido equivocado y tuvo que repetir la operación. El viejo cuerpo fatigado, cubierto con una ligera manta, giró en plena calle. Un grupo de estudiantes de instituto con sus uniformes que pasaba por allí no pudo evitar la curiosidad. La abuela, que sostenía una bolsa en la mano, saludó a todos los que nos habíamos reunido para la despedida. El vendedor de parafina[19] había prometido acompañar a su cliente de tantos años. Llegó al volante de un coche en el que nunca antes le había visto. La abuela se sentó a su lado y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener su desconsuelo.

Nada más desaparecer por lo alto de la cuesta, atravesé por primera vez la entrada de la casa principal. Para endulzar la tristeza del adiós, intercambié unas palabras con la mujer de la limpieza que había ido a echar una mano. En cuanto se fue, ajusté el cerrojo de la puerta que habían instalado en previsión de una larga ausencia. Entré de nuevo en la casa, vaciada de los objetos familiares que las viejas manos tocaban a diario, recorrí las habitaciones una a una para verificarlo todo, desde armarios hasta contraventanas. En ese momento se me grabó la fecha que vi en un

calendario colgado de una viga del salón: 7 de julio, la fiesta de Tanabata[20].

De pie en la galería que miraba al sur, contemplé el gran jardín. Desde esa perspectiva resultaba evidente que en el pabellón, orientado al este, ni siquiera disfrutábamos de la mitad de su esplendor. Los ancianos, que habían cuidado de los árboles durante muchos años con sumo esmero, nos habían dicho en más de una ocasión: «No duden en pasear y disfrutarlo con total libertad». En cambio, jamás traspasamos su mitad oriental. Desde la ventana veíamos al abuelo recostado en la mecedora de su habitación, o prácticamente inmóvil en la cama, cuando ya no pudo valerse por sí mismo.

La casa había perdido ahora a sus ocupantes. A partir de entonces, el anciano se ausentaría para siempre.

Desde la galería vacía de la casa principal constatamos que el muro que limitaba con los vecinos del sur estaba roto, vencido. En él se enredaban a su antojo hiedras y otras plantas trepadoras.

El hombre debió de comprender poco a poco que su mujer no podría ocuparse ella sola del jardín. A fuerza de hacerse cargo de su marido, había perdido su vitalidad. Un día u otro, los problemas de herencia que sobrevendrían a la muerte de ambos no podrían aplazarse por más tiempo. La abuela no solo aborrecía hasta la exageración la idea de convertirse en una carga para sus hijos, sino también la de deberle algo a terceros, y al constatar su propio debilitamiento decidió poner fin a los treinta años que había pasado en la casa e instalarse en un apartamento para personas mayores provisto de servicio médico.

Así las cosas, a los inquilinos no nos quedó más remedio que resignarnos al hecho de que nuestra estancia acabaría tarde o temprano. A partir de ese momento, nos familiarizamos con la inmensidad del jardín sumido en el silencio tras la marcha de su legítimo dueño, y nos propusimos disfrutar del tiempo que nos quedaba en aquel lugar. Agarré la manguera y la conecté al grifo de la bomba automática. Una cautelosa libélula, que solía posarse sobre una gran roca a pleno sol situada al borde del estanque, alzó su cuerpo azul transparente moteado de blanco para revolotear bajo la lluvia artificial. Coloqué un dedo para estrechar la abertura y el agua se escindió en dos mitades que dibujaron un arco aún más

alto. La libélula no se asustó, no huyó a ninguna parte, se acercó para beber el agua del pozo que manaba milagrosamente por los aires.

A medida que repetía lo mismo todas las mañanas, empezó a sentirse más segura, se acercó sin titubeos y se quedó largo tiempo instalada bajo la cascada aérea. Había leído en un libro que el macho vivía solo, que buscaba los distintos puntos de agua y protegía un territorio muy extenso, y pensé que aquel insecto era siempre el mismo.

«Eres mi amigo», le susurraba y jugaba con él hasta que decidía marcharse.

Entre la casa principal y la nuestra colocamos una barra para tender la ropa. La sujetamos con clavos y dispusimos unos cables toscamente entrecruzados a escasa altura. Un día de finales de agosto encontré sobre la barra al joven insecto de color azul intenso, que con su cola retorcida formaba un corazón con una libélula amarilla. Me acerqué sigiloso para no asustarlos. Sin deshacer aquella curiosa forma, emprendieron el vuelo para instalarse en el extremo de la rama de un árbol situado un poco más allá. Volví a acercarme y el corazón ovalado se elevó de nuevo hacia el cielo.

11.

Ocupado en la limpieza del fango del estanque, en quitar las telas de araña tejidas entre las piedras y las ramitas, en la fútil batalla contra las malas hierbas, me entretuve durante un tiempo como distracción de la escritura, pero el jardín se había transformado para mí en un inmenso espacio plagado de rincones donde surgían, uno tras otro, todo tipo de contratiempos relacionados con el mantenimiento. Si me dedicaba a ciertos detalles, se me iba medio día en un abrir y cerrar de ojos. Me convencí de que jamás unas manos profanas llegarían a recomponer la armonía del conjunto.

A más tardar en un año pondrían a la venta la casa y el jardín. Lo sabía y, a pesar de todo, me afanaba en mi vida de jardinero a tiempo completo en un lugar que, de hecho, ya se podía dar por abandonado y sentenciado.

La abuela, instalada en su retiro de las afueras de Tokio, tenía la costumbre de llamar por teléfono de vez en cuando. A veces me pedía que buscase algunos números en la agenda que se había dejado, que fuera al ayuntamiento en su nombre para arreglar papeles, que me hiciese cargo de todo tipo de recados. Siempre le preguntaba por el abuelo. Su estado empeoraba a ojos vistas y un día me dijo que le habían hospitalizado no muy lejos de su nueva casa.

Antes de colgar el teléfono, no se olvidaba nunca de decir: «Sobre todo, no dude en utilizar la casa principal como a usted le parezca».

Cuando su recomendación de que usara el aire acondicionado se

transformó en: «¡Encienda la calefacción!», el otoño ya se había instalado.

El anciano se apagó en el hospital. Fue su hija quien nos dio la noticia. También nos transmitió el deseo expreso de su madre de que asistiéramos a las exequias en un crematorio cercano. La casa principal y el pabellón solo habían mantenido trato durante tres años, pero a pesar de todo tuve la impresión de asistir al funeral como si fuéramos unos parientes venidos de lejos.

Hay algo que me vuelve a menudo a la mente. Es innegable que mi mujer y la señora se entendían de maravilla. Desconozco la razón. Ocupaban un mismo territorio, ni demasiado próximas ni tampoco muy distantes. Obviamente, esa situación tenía una influencia positiva en ambas. Pero, al fin y al cabo, un extranjero no deja de ser un extranjero, por lo que, a salir de la ceremonia, nos fuimos al estadio Tokorozawa para ver la semifinal de la liga de béisbol. Con nuestros trajes de duelo participamos por primera vez en aquella manifestación de entusiasmo colectivo. Asistir al partido fue como obedecer la voluntad de la abuela. En su discreción se evidenciaba la importancia que le daba a comportarse con naturalidad.

«Ustedes no tienen hijos y así está bien. Nada obliga a tenerlos. No los tienen y punto». Solía decírselo a mi mujer cuando se sentaban al fresco a charlar. Según mi mujer, no eran unas simples palabras de consuelo. Había en ellas un fondo de sinceridad. Tampoco pretendía dar la impresión de estar cansada de los niños, ni de haber sufrido a causa de ellos. Le contó que tenía cuatro hijos, y cuando tuvimos ocasión de conocerlos a todos —a los que nunca habíamos visto nos los presentaron el mismo día del funeral— nos parecieron personas adultas y agradables. Todos ellos habían formado ya su propio hogar. Las palabras de la anciana resonaban con un eco aún más convincente.

Después de la fiesta de Tanabata, empecé a abrir durante el día las ventanas de la galería de la casa principal. Arrastré hasta allí la antigua mesa del abuelo, que estaba junto a su cama en la habitación de estilo occidental, y me organicé un pequeño despacho. Sentado sobre uno de los cojines que aún quedaban en el salón, retomé la escritura con el jardín justo enfrente. Incluso en los días más calurosos no encendía el aire acondicionado. No solo me

disgustaba aquella corriente fría, sino que la estructura de la casa, con un alero prominente que le proporcionaba frescor además de una buena sombra, la hacía innecesaria.

Sumergido en una atmósfera exenta de vida en la que los objetos de uso cotidiano habían desaparecido casi por completo, la presencia de la casa se hizo evidente. Al no ser la mía, notaba cómo su intensidad y misterio impregnaban los muros.

Un día, mi mujer me llamó y fui a atender el teléfono al pabellón. Tan solo dejé la vivienda vacía un momento. Al regresar me di cuenta de que Chibi, después de salir de casa de los vecinos y jugar un rato en el jardín, se había colado dentro. El hecho de encontrarnos cara a cara en un decorado inusual supuso para nosotros el comienzo de una nueva relación.

Si permanecía mucho tiempo sentado en silencio en el cojín, veía las libélulas y las mariposas revolotear bajo la veranda de la galería y refugiarse a su sombra. Después entraban en la casa, la recorrían de habitación en habitación, se tomaban su tiempo. Una mariposa grande, de alas negras moteadas de un extraño azul intenso, tenía la costumbre de posarse despreocupadamente en otro cojín olvidado en la galería.

Así transcurrió el año 1989, que marcó el cambio de era. Pasó el verano y llegó el otoño, que también estaba ya a punto de tocar a su fin.

Bien avanzada la tarde, seguía rascando el papel con la pluma. El canto de los insectos era mi única compañía. El espectáculo que ofrecía aquel jardín diseñado al estilo Kioto, con sus macizos tallados en redondo, era la representación exacta del lugar ideal de trabajo para un escritor. Casi demasiado perfecto, como los que se ven en los grabados de otros tiempos, carente de realidad. Sin embargo, cuando pensaba que me iban a arrancar de allí sin remedio, me invadía la imperiosa necesidad de terminar a tiempo el trabajo que había emprendido en aquel sitio. Levantaba un poco la cabeza y después continuaba.

Una noche escuché deslizarse la puerta corredera, que ya no abría nadie. Salí al pasillo y descubrí la silueta de un hombre de unos cincuenta años vestido de traje. Me llamó por mi nombre antes de decir quién era, sin duda para tranquilizarme.

«Discúlpeme. Había pensado llamar antes, pero… No quiero

molestarlo, por favor».

Era uno de los hijos de la anciana a los que había saludado en el funeral. Estaba en el consejo de administración de una empresa y como vivía lejos, al suroeste de Tokio, la señora me había advertido de que vendría alguna noche si el trabajo le entretenía más de la cuenta.

Sobre la antigua mesa del abuelo colocada junto a la galería se amontonaban sin orden ni concierto documentos, libros de todo tipo, papeles garabateados. Al margen de eso, la habitación estaba vacía. El hombre, familiarizado con el lugar, aún un poco borracho, se quitó la chaqueta y se aflojó el nudo de la corbata. Daba la impresión de actuar con cautela, como si no quisiera ofuscarme. Mi atuendo, por otra parte, era un verdadero desastre.

«Se lo ruego, continúe con su trabajo», dijo en un tono amable. Recogí aprisa todas mis cosas y me batí en retirada al pabellón.

12.

Chibi, que no prodigaba demasiadas atenciones hacia los seres humanos, sufría una metamorfosis integral a partir del momento en el que entraba al jardín desde la casa de los vecinos. Olisqueaba todos los rincones de la galería, lanzaba miradas oblicuas, metía sus patas delanteras en todos los agujeros, brincaba, corría en todas direcciones a una velocidad enloquecida, como si hubiera perdido el control de sí mismo… La misma escena empezó a repetirse a diario hasta bien entrada la noche desde que la lámpara de piedra del jardín dejó de alumbrar después de la marcha de los abuelos.

Para Chibi, aquel lugar debía de ser un bosque.

Cuando vagábamos juntos por el jardín, su cuerpo se ondulaba como una ola. Era su forma de comulgar con el entorno antes de echar a correr como poseído, trepar hasta la copa de los árboles, y, como si quisiera escapar hacia alguna parte, su cuerpo entero temblaba, se estremecía antes de prepararse a dar un salto. Muchas veces me permitió ser testigo de aquellos instantes de éxtasis.

Ahora que disfrutaba del placer del inmenso jardín por el mismo precio, adquirí la costumbre de jugar con mi pequeño invitado, que hacía las veces de explorador, pero en realidad, nuestro juego ya estaba inscrito en la memoria de los orígenes del tiempo.

El abuelo murió en octubre y la abuela, después de reflexionar largo y tendido, comunicó a sus cuatro hijos su decisión de vender. En los últimos años, el impuesto de sucesiones había aumentado de manera exorbitante, arrastrado por la demencial subida del precio del suelo. Resolvió el problema poniendo a la venta la casa y el terreno por separado. Se fijó de plazo el mes de agosto del año

siguiente, es decir, el verano de 1990. Cuando pensaba que muy pronto llegaría el momento de separarnos, cada tarde que pasaba con Chibi sentía cómo nuestro juego se impregnaba de tristeza.

Consideré la posibilidad de comprar la propiedad, pero todos mis planes quedaban en nada ante la imparable subida de precios que desde hacía tres años se había apoderado del país entero como si se tratase de una pandemia. A tenor de los tiempos, comprendí el concepto de «segregación».

Tracé una línea imaginaria de norte a sur lo más ajustada posible como para permitir la subsistencia del pabellón cuando el terreno fuera dividido. Si conseguía comprar esa pequeña porción, nuestra vida con Chibi podría continuar tal cual. Pero incluso una parcela tan pequeña quedaba fuera de nuestras posibilidades.

Me ponía en el lugar de Chibi y me vencía la pesadumbre: un día, por pura casualidad, se encontraría la casa donde tenía por costumbre pasar la noche cerrada a cal y canto. Arañaría el cristal de la ventana con su pata, miraría al interior vacío y oscuro. Todas las entradas y salidas estarían bloqueadas. Algunos días después regresaría. Golpearía el cristal con su cabeza. Nadie le iba a contestar. Muy pronto aparecería una empresa de demolición y se pondría a derribar sin piedad las dos casas abandonadas y el jardín.

Aquel escenario, sin embargo, no era más que el fruto de la imaginación de un hombre.

Fui a la agencia inmobiliaria más cercana en busca de otro alquiler. No encontré nada adecuado. Para poder continuar con nuestra vida con Chibi, decidí fijar en el olmo el centro de mi búsqueda y a partir de ahí recorrer todas las calles adyacentes.

«¿Y si sencillamente nos lo llevamos, lo robamos?», le propuse a mi mujer en voz baja. Ella sonrió sin ganas. Con su gesto expresaba lo difícil que le resultaba entender que aquel que entraba hasta lo más profundo de la casa, hasta el fondo mismo de nuestros corazones, no fuera más que un simple invitado.

13.

Noviembre se marchó. El azafrán del jardín dejó de regalarnos sus flores malvas.

El día que mi mujer lo plantó cuando no eran más que bulbos, Chibi se acercó por detrás y con una pata temblorosa señaló la tierra revuelta, como si le indicara dónde debía cavar.

El otoño se metió de lleno en nuestras vidas. Las hojas del olmo no terminaban de caer. Nos dedicamos en serio a buscar una casa. Ignoro la razón, pero fue entonces cuando las visitas de Chibi se intensificaron. De hecho, no era raro que pasase con nosotros medio día entero. Nos honraba con su presencia, pero la mayor parte del tiempo, excepto los ratos en los que se comía el pescado que mi mujer le preparaba, dormitaba en su caja de la habitación japonesa o se sentaba encima de la mesa junto a la ventana para contemplar el paisaje.

Si se cansaba, saltaba sobre el aparador, apartaba la tela que disimulaba el armario y se lanzaba encima de la pila de futones allí guardados. Le dejábamos tranquilo todo el tiempo que quisiera.

Mi mujer se levantaba de vez en cuando, descorría un poco la tela y echaba una mirada furtiva al interior. Normalmente estaba entregado a su aseo diario, se alisaba el pelo con su lengua áspera, y al sentirse interrumpido, miraba por encima del hombro, con desdén hacia el intruso. Al cabo de un rato, mirábamos de nuevo y le descubríamos entonces hecho un ovillo, con los párpados a punto de traspasar el umbral del sueño. Se dormía al ritmo de los pequeños sobresaltos que atravesaban su costado hasta alcanzar la quietud perfecta.

La escena de mi mujer apartando la cortina para espiar al gato era digna de contemplar. Por los detalles de su risa ahogada, podía imaginar las distintas posturas de Chibi, pero también me divertía el hecho de que ella ignorase que yo la observaba mientras interpretaba el papel de médium entre el gato y su marido.

En un mismo día llegamos a contar hasta diez idas y venidas de Chibi. Solía dormir siestas de tres horas tres veces al día. Cuando sus dueños de la casa de al lado se acostaban, la luz aún iluminaba nuestra pequeña morada. Atravesaba la frontera y se presentaba ante nosotros. Nos hablaba por gestos de su deseo de jugar y en la oscuridad del jardín empezaba el ritual con la pelota. Antes del alba, agotado, entraba en el armario y se acostaba. Apreciaba especialmente aquel escondrijo que reunía cualidades esenciales para un gato, como son la penumbra, el olor de una presencia humana, la suavidad de un almohadón. A nosotros el trabajo nos retenía en la mesa hasta bien entrada la noche, hasta después de que se adormeciera el gato, pero el pequeño huésped se levantaba siempre como muy tarde a las ocho menos veinte de la mañana. Desayunaba, se bebía la leche de la escudilla y salía deprisa. La razón de tanta premura no era otra que despedirse del niño que se marchaba a la guardería, aunque descubrirlo nos llevó un tiempo considerable.

En un recodo del Callejón del Relámpago, la voz entusiasta del niño, que solo hacía caso a medias de las reiteradas órdenes de su madre, golpeaba nuestros tímpanos aún adormecidos. Cuando llegaba la hora de marcharse a la guardería Chibi se preparaba, y si por alguna razón llegaba tarde, se apresuraba para no faltar a su cita diaria. Lo comprendimos por fin cuando oímos la voz de la madre y del niño mezcladas con el tintineo del cascabel. Seguía al niño con la mirada hasta que desaparecía de su vista; después se dedicaba a patrullar el jardín y en ocasiones, incluso, extendía más allá de sus límites el territorio de exploración. Después volvía para dar cuenta de la comida que le había preparado su dueña, puede que también con la idea de adormilarse un rato. A veces regresaba al pabellón y aún no nos habíamos levantado. Entreabría la cortina del armario con la pata, saltaba sobre el edredón y se abandonaba nuevamente al sueño.

Si nos levantábamos tarde, lo primero que hacía mi mujer era

echar un vistazo detrás de la cortina.

«¿Acaso no nos pertenece ya este gato?», se preguntaba con cara de felicidad mientras se deleitaba con su sueño.

A fuerza de verlo entrar y salir de casa con total libertad, comer y dormir a placer, la frontera que nos separaba de la casa vecina se hizo equívoca. «Está aquí», «se ha marchado», así hablábamos de él: «Ha vuelto», «no está». Los días en que ambos nos ausentábamos, al volver y abrir la puerta descubríamos sus dos patas perfectamente alineadas en el entarimado, plantado allí en medio para recibirnos igual que hubiera hecho un niño.

«¡Es nuestro gato!», decía mi mujer a pesar de ser perfectamente consciente de que no era cierto. Se lo comía con los ojos. Estaba convencida de que era un regalo del cielo.

14.

Incluso cuando las reiteradas visitas de Chibi se transformaron en hábito, siguió sin maullar y nunca dejó que lo cogiéramos en brazos.

Sucedió en verano. En plena noche, cuando todo el mundo dormía; echó a correr con gran estrépito, cosa muy rara en él. Saltó sobre la mesa que estaba junto a la ventana y clavó las uñas en la mosquitera de la puerta, que habíamos dejado abierta para que hubiera corriente. Me di cuenta de que sucedía algo extraño y me desperté. En lo alto de la mosquitera, con el vientre pegado a la fina malla metálica como una salamandra, estiraba el cuello en dirección a su casa. A pesar de su evidente agitación, no emitió un solo maullido. Mi mujer se percató de que el hueco de la gatera estaba cerrado. La víspera, al contrario de lo que era su costumbre, había entrado por la puerta principal y cometimos el descuido de cerrarla. A partir de aquella noche, siempre que nos referíamos a ese suceso decíamos que había oído «la llamada de la nostalgia del país natal», algo poco frecuente en el común de los gatos.

Decididamente, aquel no era nuestro gato. A mi mujer no le quedó más remedio que admitirlo una vez más.

Era otoño. Mi mujer se había hecho cargo de un paquete para los vecinos que nos habían dejado en su ausencia y en cuanto volvieron se lo llevó. Llamó al timbre y esperó. Fue Chibi quien salió a recibirla en lugar de la señora de la casa. Se quedó atónita. Chibi, que jamás maullaba en sus visitas diarias, ya fuera de día o de noche, se arrancó con todo un discurso. Su contenido, más que de agradecimiento por el tiempo que le dedicábamos, parecía

cargado de los habituales cumplidos que suelen intercambiarse los vecinos. En cualquier caso, así lo interpretó ella cuando me lo contó en un tono de absoluta seriedad, como si no quisiera olvidar un solo detalle de la experiencia que acababa de vivir.

Fue la única vez que escuchó el sonido de su voz, ella, que se jactaba de comprender a los gatos. No hablemos de mí, ser masculino y adulto con quien el animal guardaba a todas luces una cierta distancia.

Un mediodía de invierno me encontraba rellenando el depósito de la estufa con la parafina que estaba almacenada en una especie de pequeña cueva acondicionada bajo el piso de la cocina de la casa principal. Chibi vio la trampilla de madera abierta y bajó. Caminó sigiloso sobre el suelo de cemento, saltó sobre una estantería y se sentó con mucho cuidado con las patas delanteras juntas para observar desde allí lo que hacía. Mientras el depósito se llenaba gracias a una bomba automática, hice como mi mujer, que siempre le hablaba tarareando. «Aquí estamos los dos, juntitos en la cueva…». Chibi, sin mover las patas del sitio, se inclinó hacia delante. No me quitaba los ojos de encima. Su gesto era el de una fiera a punto de saltar. Un instante después, se colocó en posición de ataque, listo para abalanzarse sobre su presa. No me equivoco si interpreto su actitud como la de una doncella frente a la amenaza de un sátiro.

Otro día que la puerta del zaguán que daba al jardín pequeño se había quedado abierta, se precipitó al interior a la velocidad de un proyectil y se refugió en el rincón minúsculo que quedaba entre un mueble y una caja. Su culo apuntaba hacia mí, temblaba como una hoja, daba lástima verlo en ese estado. Me di la vuelta. En la puerta estaba Mike, el gato tricolor de los vecinos de la casa del lado sur. Sus ojos echaban chispas, mantenía la posición de ataque. Más que un conflicto territorial, parecía una venganza en toda regla dirigida contra Chibi, al que, obviamente, envidiaba por entrar y salir de nuestra casa con total libertad. Ya había intuido algo unos días antes, cuando tuve que socorrer a un Chibi arrinconado en lo alto de un pino del jardín.

Mike era un gato magnífico, pero cuando comprendió que solo Chibi disfrutaba de la libertad de ir y venir a su antojo, las hostilidades entre ellos comenzaron. Le atacaba sin cesar, se

convirtió en el objetivo de su vigilancia redoblada. A partir de ese momento, la fisionomía de aquel grandioso gato, que, sin duda y como había observado mi mujer, desplegaba con sus dueños su expresión más radiante, se tornó curiosamente dura. Para que no se sintiera rechazado, ella empezó a llamarle cariñosamente cada vez que le veía acechar por el jardín.

A Fanguito se la podía clasificar en la categoría de las gatas viejas. Tenía manchas negras y parduscas, grandes ojos claros que desprendían una calma muy familiar. Para que se decidiera a abrir la ventana o la puerta de una casa extraña, le hacía falta una buena razón. Daba la impresión, sin embargo, de que en otros tiempos su actitud había sido más cándida.

Una tarde que mi mujer estaba sola en la habitación, la cortina de la gatera se movió seguida del sonido de pasos que precedía la llegada de Chibi. Pero no fue él quien se presentó, sino Fanguito. Sin duda, el hueco debía de estar más abierto de lo normal.

Una vez dentro, la gata cruzó una mirada con mi mujer y, asustada, quiso escapar a toda velocidad con el único resultado de propinarse un golpe estrepitoso. «Ha sido muy gracioso, pero me ha dado pena», me contó conmovida mi esposa.

Cosa extraña: Fanguito y Chibi parecían entenderse.

Un día que Chibi hacía juegos malabares encima del muro del Callejón del Relámpago, mi mujer vio a Fanguito en el sendero justo debajo de él. Se revolcaba toda mimosa. Salió al galope hacia los parterres de flores de la casa del lado norte y Chibi la siguió. La sombra bajo la que desaparecieron se quedó en silencio.

Al cabo de un rato, Chibi regresó solo y mi mujer le preguntó: «Fanguito es amiga tuya, ¿verdad?».

Entre ellos debía de mediar la misma diferencia de edad que entre una abuela y un nieto, lo cual bastaba para explicar la ausencia de complicaciones entre ambos. Tras el muro agujereado de la casa por el lado norte, un poco más abajo de la abertura en la veta de la madera que recortaba la silueta de los transeúntes, Chibi y Fanguito mantuvieron un día una conversación íntima a la que mi mujer tuvo oportunidad de asistir. «Ha sido una charla de lo más íntima —me explicó—. No parecían maullar cada uno por su cuenta. Creo que hablaban del futuro…». Mientras lo contaba, asentía ligeramente con la cabeza, como si no se creyera del todo

sus propias palabras.

Unos días después de que Chibi escapara de las garras de Mike y se refugiara en casa, una mañana de enero, mi mujer estaba sola. Se levantó tarde y se preparó el desayuno. Chibi salió del armario; saltó tambaleante sobre el tatami. No se le veía como siempre, parecía como si le hubieran arrancado los pelos blancos de la espalda, se intuía su piel teñida de rosa por debajo. Observó a mi mujer unos instantes y se dirigió lentamente a su casa. Ninguna herida aparente. Esforzándose por calmar los latidos de su corazón, mi mujer se sentó a la mesa para terminar un trabajo urgente. Apenas un cuarto de hora más tarde, Chibi regresó con una venda que envolvía su vientre. Como si quisiera que ella se diera cuenta de que estaba herido, saltó sobre la mesa y exhibió ante ella su cuerpo maltrecho sin dejar de mirarla en ningún momento con una expresión enternecedora.

Mientras le contemplaba, mi mujer pensó que pronto llegaría el momento de la separación y volvió a preguntarse si realmente aquel gato no era suyo. Más bien si el pequeño animal no deseaba convertirse en su gato. Chibi observó con sus profundos ojos verdes una cosa que llamaban lágrimas.

15.

1990 llegó, y cuando quisimos darnos cuenta ya estábamos a mediados del mes de febrero.

Si bien tenía la costumbre de venir sin falta durante el día, Chibi tampoco dejaba de hacerlo por la noche, cuando todos los de su casa se habían dormido. Ya estuviera ocupada con el trabajo o hiciera frío, una de las alegrías de mi mujer era salir a jugar con él al jardín.

A Chibi le encantaba trepar a lo alto de un pino no demasiado alto que estaba en el centro. Ella tiraba la pelota de ping-pong, y Chibi se la devolvía de un golpe fulgurante con la pata delantera, como un jugador de voleibol al ataque, y después la placaba en el suelo. Ni uno ni otra parecían cansarse nunca.

Mi mujer le seguía allá donde fuera, a lo largo y ancho del jardín sumido en la oscuridad, y en su mutua persecución a veces entraban en la casa principal. Todos los muebles habían desaparecido, era un lugar vacío donde solo habitaban sombras.

A un lado del *tokonoma* del salón había un ventanuco que permitía el paso de la luz a modo de *shoji*[21]. A través de las finas láminas de papel de arroz, se filtraba el tenue reflejo de la luna. Chibi se tumbaba con el vientre aplastado sobre el alféizar, dispuesto a saltar en cualquier momento, agazapado a la espera de que mi mujer botase una vez más la pelota para devolvérsela con un gesto vivo. No dejaba de preguntarme si su juego tendría fin.

Al margen de las luces de nuestra casa y de la lámpara de la entrada de la casa principal, que se quedaba toda la noche encendida para desanimar a posibles ladrones, el reflejo de la luna

apenas alcanzaba a dibujar los contornos. En la penumbra de la casa, la diminuta pelota blanca rebotaba con golpes secos y el pequeño ser vivo que la perseguía, bañado por el claro lechoso, se metamorfoseaba en una perla nacarada.

El día despuntaba y Chibi continuaba con sus juegos en el jardín, la espalda salpicada de pétalos de flores de ciruelo, en persecución de un tábano, olisqueando un lagarto. Aquel lugar representaba para él la vida y el caos.

La repentina escalada de un árbol se producía con el mismo fulgor que el estallido de un rayo. Normalmente los rayos describen un zigzag en el cielo en sentido descendente, pero en este caso sucedía lo contrario. Impulsado por una descarga eléctrica de origen desconocido, Chibi se abalanzaba hasta la copa de un árbol de caqui y en su cuaderno mi mujer anotaba: «Como la punta de un relámpago», para añadir un poco más adelante: «Como si quisiera provocar que se desate el trueno». Sí, tenía razón, esa era exactamente la impresión que producía.

Sus palabras me recordaron un pasaje del *Nihonshoki*[22] en el que se describe al dios de la caza:

> Al pie de un árbol junto al pozo, delante del pórtico, hay un hermoso visitante. Nadie duda de que no pertenece al común de los mortales. Si viniera del cielo, su rostro sería celeste. El que llega de la tierra debería tener la cara labrada en barro. Era tal su belleza. ¿Será ese al que llaman Soratsuhiko?

En lo alto de la copa del caqui, la silueta del gato dispuesto a afrontar el instante decisivo que venía después, con todos sus nervios alerta ante el mínimo rolar del viento, era la viva imagen de quien, entre el cielo y la tierra, se dispone a abalanzarse sobre un hueco imaginario.

Sabía que los gatos únicamente abren su corazón a sus dueños, solo a ellos les muestran su verdadero esplendor. Como matrimonio no habíamos llegado realmente a comprender lo que significaba tener un gato, pero al menos disfrutábamos de la ambigüedad de la situación, por mucho que no pudiéramos reclamar el derecho a los mimos de Chibi.

Por esa misma razón, en cambio, desplegaba con nosotros toda su inocente naturalidad, sin falsas adulaciones, faceta que ni

siquiera conocían sus dueños. Sin profundizar mucho en el razonamiento, pensé que ese era precisamente el origen de su misterio. Esta actitud más relevante y definitoria empezó a ser para nosotros lo que dimos en llamar la «captura del destello».

«La captura del destello» es también el título de una serie de litografías en color a base de cera realizadas por un artista que comenzó su carrera como grabador. Recientemente me habían invitado a participar con él en una entrevista con motivo de la inauguración de una retrospectiva suya en el museo de Osaki, compuesta, en su mayor parte, de hermosos grabados.

¿Qué significaba para él la «captura del destello»? Su trabajo con el color a tal fin consistía, como tuve ocasión de explicar, en captar y atrapar un espacio en el que los colores no dejaran de moverse hasta transformarse en imágenes nacidas de materia inerte, del mismo aire.

Generalmente admitimos que los pintores se apropian de los colores y de las formas de la naturaleza para fijarlos sobre el lienzo, pero este artista tendía a hacerlo sin disociarlos de ella, en su movimiento natural, sin tratar de fijarlos, ya que precisamente solo pueden existir con la materia y con el aire. En ese sentido, se le podría nombrar digno heredero de la escuela iniciada por Leonardo da Vinci.

Recuerdo un detalle de la entrevista. Se produjo una divergencia relacionada con la distinta lectura de los ideogramas *inazumatori* o *inazumadori*[23], que se escriben igual. Él se limitó a reírse sin mostrar su preferencia por una u otra lectura. Por mi parte, no compartía la opinión del otro participante en la entrevista, un crítico de arte, y quise defender mi interpretación: la captura del destello es *inazumatori*. Atrapar cualquier cosa que tiene un movimiento como de destello es *inazumadori*.

Una de las series estaba realizada en pintura al encausto, una técnica que consiste en diluir el color con la ayuda de cera de abeja. Como se trata de un material espeso que se seca muy rápido, el artista se ve obligado a atrapar la imagen en un instante, y esa «captura del destello» ha de realizarse en monocromo. En el caso de las litografías polícromas, se plasma el color en planchas de piedra que invierten las dimensiones y fluctúan. Ese movimiento entre una dimensión y otra es, precisamente, lo que el artista pretende

capturar.

Llegados a este punto, ¿cómo evitar la tentación de enunciar un sofisma? A saber: atrapar cualquier cosa que se produce espontáneamente, como un destello, es *inazumadori*. Atrapar los colores que se presentan a la velocidad de un destello es *inazumatori*.

Si me atengo a esa interpretación, el *inazumadori* de Chibi en el enorme y decadente jardín en realidad respondía a las dos acepciones a la vez. Esa, al menos, era mi impresión. En una palabra, el gato, con un gesto fulgurante como el de un destello, se esforzaba por atrapar ese mismo destello.

Más adelante, mientras hojeaba un catálogo de sus obras, encontré la traducción del título al inglés, que sin duda había elegido el propio artista. La sorpresa me dejó clavado en el sitio. En efecto, el título *Catcher of Lightning* indicaba que el sujeto del acto era el que atrapaba el destello. De ser eso correcto, me preguntaba si no hacía falta corregir una vez más la interpretación. En el sentido del acto propiamente dicho de atrapar un destello, en lugar de pronunciar *i-na-zu-ma-to-ri* sin acentuación, me parecía que debía añadirse un ligero acento tónico sobre la *ma*, algo así como una cesura. Dejé errar mi pensamiento e incluso llegué a pensar que a causa del fonema mis orejas, pequeñas y puntiagudas como las de Chibi, eran capaces de orientarse en todas las direcciones posibles.

En la parte sureste del jardín había una caseta de madera de estructura tosca cerrada con una puerta de alambre. La utilizaba el abuelo para guardar una escalera, una red para limpiar el estanque y otros útiles de jardinería y bricolaje. El hombre disfrutaba mucho con aquel trabajo. Había estudiado metalurgia en la facultad de ingeniería de la antigua Universidad Imperial. En el cajón de una mesa desvencijada, ligeramente apartada en un rincón, tenía guardados todo tipo de instrumentos de agrimensura con los que estudiaba la naturaleza del terreno. La viga maestra que quedaba al descubierto en la caseta tenía apilados encima unos tablones y era uno de los sitios favoritos de Chibi. Cuando me sentaba a la mesa, le tenía justo enfrente. Iba allí a descansar de sus «capturas del destello». Subía y escondía las patas delanteras en su regazo.

Una tarde, mientras trabajaba en la mesa situada frente a la ventana de la galería, desde el jardín me llegó la voz triste de mi

mujer. La valla de madera solo me permitía ver la cabeza de Chibi, que asomaba desde la viga de la caseta. Ella le explicaba que pronto llegaría el momento de separarse. «¿Lo entiendes o no lo entiendes?».

Chibi no se inmutó. En su cara impasible solo se apreciaba interés por la astronomía, por el mundo vegetal y animal, una absoluta indiferencia por los asuntos humanos. Sus orejas puntiagudas parecían prestar atención solo al rumor de una corriente uniforme que penetraba por intersticios vedados a nuestra vista.

16.

Llegó marzo.

Al caer la tarde de un sábado de luna casi llena, nos apresuramos para llegar a tiempo a la exposición del pintor «cazador de destellos» que se inauguraba en Jiyugaoka. Salimos de casa y nos dirigimos hacia el este por el sendero. Para llegar allí había que ir hasta la estación, tomar el tren, caminar otro trecho… En total una hora de camino. Pero si en lugar de eso íbamos en bicicleta, no nos llevaría más de media hora.

Sacamos las bicis y nos subimos a ellas nada más salir al sendero. En ese mismo instante, vimos a Chibi deslizarse furtivamente a través de un desgarrón en el muro que nos separaba de la casa de al lado. Nada más plantar sus patas en el suelo, nos dio la espalda, rodeó una esquina llena de hierbajos y bordeó el muro en dirección sur. Pensamos que iba a saltar al *nure-en* para entrar por la gatera que daba a la habitación entarimada.

Nunca le habíamos pillado *in fraganti* al cruzar la frontera. Era también la primera vez que le sorprendíamos de espaldas mientras se dirigía a nuestra casa.

Miré a mi mujer. Comprendimos que era su ritual al salir de su casa para venir de visita. Pudimos sofocar las ganas de volver sobre nuestros pasos solo porque la obligación nos apremiaba.

En la inauguración el artista departía con los invitados. Como yo había escrito el texto de su catálogo, me regaló uno de los originales. Sin embargo, me sentía nervioso.

Al salir fuimos a tomar un café con un redactor y un diseñador a

los que conocía bien. Les explicamos que debíamos mudarnos. Les hablamos de las visitas del gato, de nuestra fútil esperanza de ganar la lotería a sabiendas de que el primer premio no bastaría para comprar un terreno que costaba tres veces más. Por si fuera poco, ni siquiera era factible que nos vendieran una de las parcelas; hablé y hablé como si me hubieran dado cuerda.

Nos marchamos a las nueve y media a lomos de nuestras bicicletas. Treinta minutos más tarde llegamos al sendero de la parte trasera de la casa. Aunque difuminadas, descubrimos las huellas de Chibi en nuestra ausencia. La cantidad de pienso de la escudilla había disminuido ligeramente. «Como no le he dejado chicharros…», dijo mi mujer, que se puso enseguida a freírle unos cuantos. Sin embargo, Chibi no volvió aquella noche.

Al día siguiente, el domingo, tampoco vino.

«Seguramente han ido a visitar a la tía que vive en Oiso», conjeturó mi mujer. «Eso es, se lo han llevado», añadió.

El año anterior Chibi se había ausentado varios días por ese mismo motivo y fue eso lo que nos hizo llegar a esa conclusión. «Seguro que le han puesto un gorro de paja para protegerle del sol, ¿verdad? Al fin y al cabo, es fin de semana».

El lunes fue un día de lluvia recia y viento fuerte. Hacia mediodía disfrutamos de claros entre los nubarrones negros que dejaban ver el cielo azul. El tiempo no iba a tardar en cambiar y el canto del ruiseñor inundó el jardín. Desde la casa de los vecinos nos llegó el ruido de una batería. La violencia rítmica de los golpes no disminuyó durante un buen rato. Fue así como supimos que la casa de al lado no estaba del todo vacía. Chibi tampoco vino aquel día.

«Definitivamente, Clin Clin no viene hoy». Las palabras que me esforzaba por no pronunciar se escaparon de la boca de mi mujer, que cada vez las repetía con mayor frecuencia. Por mucho que aguzase el oído, no lograba escuchar el diapasón de su cascabel. Me preguntó si no era eso ya una señal de aviso. Tiró el trozo de pescado a la plancha que había en la escudilla y se puso a preparar uno nuevo.

Cuando permanecer tranquilos nos estaba resultando casi imposible, sonó providencial el teléfono. Era un amigo que estaba en un bar de Shinjuku. Nos propuso encontrarnos con él y bebimos hasta el alba. Cuanto más retrasábamos la hora de volver a casa,

más crecía la esperanza de que viniese aquel que no se dignaba a mostrarse. Era una forma de refugiarnos del tormento, de escapar a la angustia provocada por el tiempo que transcurría inexorable sin tener noticias del ser amado.

Regresamos temprano por la mañana. No pudimos descubrir el más mínimo rastro de su presencia. Dormimos unas tres horas y, nada más despertarnos, nos golpeó la certeza de que no estaba allí.

Tan solo escuchábamos el sonido de nuestra respiración. Al hacerse de día en el interior de la casa, nos dimos cuenta de que habíamos sobrepasado un límite, como cuando el agua de un río rebasa el nivel invisible del desbordamiento.

Con mucho cuidado de que mi mujer no me viera, fui a la casa principal para usar el viejo teléfono negro de la abuela. En la agenda había visto un día el número de los vecinos. Sin más dilación, giré la rueda hasta que escuché la animada voz del niño, que me dijo que no había nadie. Con decisión le pregunté:

—¿Y el gato?

—Está muerto.

—¿Cómo? ¿Cuándo ha ocurrido?

—El domingo —respondió la vocecilla.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté.

—No lo sé.

¿Ignoraba la causa o el sentido de la palabra *muerte*? En cualquier caso, su respuesta fue clara y la pronunció en un tono desconcertantemente alegre.

Cerré a golpes uno tras otro todos los postigos de la casa y me marché. De regreso, sin disimular el ruido de las *geta*[24] al golpear el suelo, le anuncié a mi mujer casi en un grito la muerte del gato.

17.

Me pareció que la vecina había regresado de la compra. Dejé a mi desconsolada esposa deshecha en lágrimas, enfilé el recodo del callejón y toqué el timbre de su puerta. Hasta ese momento nuestras relaciones se limitaban a un intercambio de saludos de cortesía cuando nos cruzábamos en la calle o, como mucho, a entregar o recibir paquetes que habían llevado en ausencia del destinatario. Jamás nos habíamos hecho una verdadera visita.

—Al parecer, tuvo que atropellarle un coche el domingo por la tarde. Lo encontramos tendido en mitad de la calzada, sin heridas aparentes. Tenía la cara intacta y serena. Me extrañó mucho, la verdad.

Lo que a ella le resultaba extraño a mí me parecía natural. Y con razón, porque Chibi era un gato misterioso. Aunque ella fuera su legítima dueña, el hecho de hablar con una desconocida sobre aquel triste acontecimiento me causó una ligera conmoción.

—Cuando apareció por primera vez —prosiguió—, no lo hizo en este callejón sino al final de la calle que lleva a la estación, a unos cincuenta metros de aquí, delante de la casa de los *susuki*[25], junto al portalón. Lo vimos y enseguida empezó a seguir al niño… El domingo por la tarde estaba allí tendido, exactamente en el mismo sitio. Él nunca se aventuraba tan lejos, excepto algunas veces que me seguía cuando iba a la compra. Sobre las once y media de la noche alguien vino a avisarnos; estaba casi seguro de que se trataba de nuestro gato. Salí de casa a toda prisa y… sí, estaba exactamente en el mismo lugar donde lo vimos la primera vez.

La mujer contenía su emoción a duras penas mientras se

esforzaba por terminar su relato sin abandonar su tono de voz suave.

—Era muy tarde, además domingo. No había ningún veterinario abierto. Mi hijo mayor hizo lo que pudo para salvarlo hasta que se hizo de día, pero no lo logramos.

Sabía de la existencia de ese otro hijo suyo, un joven que iba al instituto. Enseguida supe quién era el que tocaba la batería.

—Lo enterramos en el jardín, al pie de un pino joven.

Así que también había pinos en el jardín de los vecinos, me dije. Como aquella parte se extendía hacia el sur en zigzag, no alcanzaba a verla desde casa. Más al sur aún había un pequeño edificio de apartamentos que debía de ser para los empleados de alguna empresa. Para ir allí era necesario atravesar una calle privada cerrada con una valla metálica, por lo que hacía falta un buen pretexto para curiosear en su jardín.

La mujer frunció ligeramente el ceño:

—Ha sido un gato afortunado —dijo.

—Debo decirle que tenía la costumbre de venir todos los días a nuestra casa. Mi mujer le había tomado mucho cariño.

—¿En serio? Le estoy muy agradecida.

—Cuando se quedaba a dormir con nosotros, se levantaba siempre a la misma hora. Pensamos que venía a despedirse de su hijo antes de que se marchara al colegio.

—¿De verdad? Se lo agradezco de corazón.

Se inclinó educadamente con una reverencia. Me di cuenta de que usábamos las mismas palabras que habríamos utilizado para evocar la muerte de un niño. Quería seguir hablando con ella. Más adelante, cuando la tristeza por la pérdida de Chibi se hubiera mitigado un poco, quería que me contase cosas de él que no sabía, y contarle otras que ella ignoraba. Sí, realmente hubiera querido decírselo, pero las palabras se me atragantaron. Muchas de las escenas vividas con Chibi, convertidas súbitamente en recuerdos, estuvieron a punto de franquear la barrera de mis labios, pero me contuve.

—En fin. Me imagino que estará ocupada. No obstante, me gustaría preguntarle si podemos pasar unos minutos para rezar ante su tumba. Cuando a usted le venga bien, por supuesto…

—De acuerdo. ¿Tendría usted la amabilidad de llamarme

mañana por la mañana? Hoy ya se ha hecho un poco tarde…

¿De dónde nacía ese deseo de acudir al lugar donde habían enterrado su cuerpo? Era como si quisiéramos conectarnos con él a través de un mecanismo psicológico en otra dimensión, para paliar así la pérdida definitiva de su presencia, la ausencia irremediable de un ser precioso e irreemplazable.

18.

Me desperté el miércoles por la mañana después de un sueño de apenas dos horas. Mi mujer parecía haber dormido incluso menos. Al levantarme me la encontré sentada en el *nure-en* con la mirada perdida en el infinito.

Fuimos al jardín a recoger flores de ciruelo, laureolas y narcisos. Parecía deshabitado, como si perteneciera a otra casa, inerte, al margen de toda vida. Esa fue, al menos, mi impresión. Saqué muchas fotos con la esperanza de capturar la sombra de Chibi en alguna de ellas.

Esperé hasta las nueve y llamé por teléfono a los vecinos. No respondió nadie. Volví a marcar en vano el mismo número muchas más veces.

Pasadas las once, la mujer contestó finalmente.

—Le pido disculpas por importunarla. Me imagino que estará usted pasando un mal momento.

—No, soy yo quien debe disculparse, pero…

—¿Podríamos pasar a dejar unas flores?

—Lo siento. Ya le llamaré.

La débil voz de la mujer me llegó entre dos suspiros. En absoluto era la misma que me había explicado los hechos el día anterior. Su voz era ahora un sonido que fluía sin matices, y no daba la impresión de ir a cambiar. A pesar de no ser más que un murmullo, sonaba glacial. Aprecié la aspereza de una decisión tomada tras una noche de insomnio. No iba a flaquear.

Las flores se quedaron suspendidas en el aire.

—Parece que no podemos visitar su tumba.

Mi mujer rompió a llorar. Al darse cuenta de que le impedían emprender el camino que le iba a permitir unirse de nuevo a Chibi, se apoderó de ella una enorme agitación. Nos pusimos de puntillas detrás del cobertizo de la parte sur, pero no solo no alcanzábamos a atisbar el pino, sino que el jardín entero de los vecinos resultaba invisible. Las flores del ciruelo, las laureolas y los narcisos acabaron en un rincón de la habitación del tatami, encima de la caja que había sido su cama.

Me sentí en la obligación de explicarle a la vecina que de ningún modo habíamos obligado a nada a Chibi. Él siempre vino por voluntad propia y de igual manera se quedaba a dormir con nosotros. Siempre le dejamos libertad absoluta, nos cuidamos incluso de no tocarle si era ese su deseo. Sí. Estaba convencido de que debía decírselo. Había empezado a publicar un ensayo por entregas en una pequeña revista de tirada limitada. A lo largo de las páginas, daba cuenta de algunos detalles de nuestra relación con Chibi. Introduje en el buzón de los vecinos dos o tres ejemplares, además de una carta de explicación.

Éramos incapaces de comer nada. La última vez que mi mujer dejó en la escudilla de Chibi un trozo de pescado fresco, él ya estaba muerto. Darse cuenta de eso la trastornó.

Traté de calmar su desconsuelo. Se me ocurrió que mudarnos a una zona demasiado alejada sería otro motivo de disgusto. Por otro lado, un lugar lo suficientemente cercano como para que el gato pudiera ir y venir a su antojo ya no tenía sentido…

Decidí que, fuese donde fuese, al menos teníamos que ver el gran olmo. En aquella zona residencial todas las casas eran de dos plantas, lo cual permitía ver su exuberante follaje desde cualquier sitio, incluso el pie del árbol si se trataba de la planta alta.

El olmo tenía una historia. Bajo el pino joven que crecía a su abrigo yacía un ser pequeño como una perla. Si mi mujer era capaz de pensar en eso al contemplarlo desde la ventana, quizás podría abandonarse a un olvido que llegaría lentamente.

Fui a la biblioteca a consultar algunos textos generales de geometría y empecé a estudiar cálculo de ángulos. Encontré un gráfico que explicaba de una forma muy sencilla los sistemas utilizados por los antiguos.

El método era el siguiente: cuando la longitud de la sombra de un objeto coincide con la altura de la persona que lo está midiendo, la longitud de la sombra de la persona sirve para calcular la altura del objeto. Otro método consistía en plantar un palo junto a la sombra proyectada por el objeto que se mide. Seguidamente se trazan los triángulos imaginarios formados por ambas sombras. La proporcionalidad entre la longitud del objeto y la del palo en relación a sus sombras permite deducir la altura.

Tanto el uno como el otro eran métodos aplicables al caso del olmo a condición de que me levantase al amanecer, cuando la luz llegaba del este. Era de suponer que gracias a este sistema Tales de Mileto pudo calcular la altura de las pirámides, pero para lograrlo tuvo que lidiar con una dificultad añadida: medir la longitud de la sombra a partir del centro de la base.

Me enfrentaba al mismo problema. En efecto, ¿cómo medir a partir del centro del árbol? La dificultad se solventaría si usaba un plano de agrimensura preciso, de esos a escala alzados con extremo detalle.

Al conocer la altura exacta del olmo, podía entonces imaginar el emplazamiento del apartamento, así como la ventana desde donde poder contemplarlo. También podía hacerme con un mapa topográfico de la zona con las alturas de cada elemento y trazar un triángulo imaginario. Como, obviamente, ni la ventana ni la escasa altura de los edificios del barrio producían sombras, me veía obligado a recurrir al siguiente método: señalar la altura a medir, medir el ángulo formado desde ese punto con el brazo que lo señala horizontalmente y determinar así la altura del triángulo y la longitud de sus lados. Por último, solo quedaría por calcular la altura de los ojos del observador.

Si se interponía un obstáculo en la línea recta que unía la copa del olmo con la ventana de la futura casa, ya fuesen construcciones, vegetación o cualquier otra cosa, si quedaba en la línea recta entre la casa y el olmo, el árbol no sería visible desde la ventana en cuestión. Por tanto, tenía que comenzar por asegurarme exactamente de las dimensiones de la colina, por definir los emplazamientos desde los que el olmo era visible…

Si me volqué en ese proyecto fue, sin duda, para intentar diluir la tristeza y la pesadumbre que impregnaban el aire que

respirábamos. Debo admitir que el estéril cálculo de ángulos nunca tuvo lugar. El repentino impulso por aplicar aquella idea imaginada por los antiguos no tuvo otro resultado que el de hacerme dar vueltas, perplejo; no tuvo más sentido que el de saciar mi sed de consuelo.

19.

A partir de cierto momento comprendí que había cometido una imprudencia al dejar que los vecinos leyeran lo que había escrito.

El ensayo por entregas era un texto breve redactado con una pretendida objetividad, aunque si lo analizo desde la perspectiva de sus consecuencias me doy cuenta de que en realidad constituyó el primer bosquejo de esta novela, el primer intento por plasmar en palabras la aparición del gato, el inicio de nuestros juegos. Una vez introduje en el buzón la revista donde lo había publicado, me vi obligado a admitir que los siguientes episodios quedarían bajo supervisión de la casa de al lado.

Mi inadvertencia no acabó ahí. Debería haber comprendido que a la mujer, en un momento de profundo dolor por la pérdida de un ser del que hablaba como un niño, la brusca revelación de que existía una parte desconocida en la vida de ese «niño» le iba a impedir sentir compasión por las lágrimas de otra «madre», dejar que entrara en su jardín con el pretexto de depositar unas flores sobre la pequeña tumba. ¿Cómo podíamos pretender que compartiera su pérdida con nosotros?

Me esforcé por comprenderla, y si no se me había ocurrido hacerlo antes no fue más que por falta de madurez.

En el transcurso de los meses siguientes envié a la revista un texto en el que explicaba mi decisión de poner punto final al relato; decisión, por otra parte, que sabía irrevocable. En la novela se corresponde con el momento que se extiende desde el final de las visitas de Chibi hasta la noticia de su muerte. Aunque se trataba de una revista pequeña, la editaba una importante editorial que la

ponía a la venta en determinadas librerías.

Si la vecina, una mujer educada, no había vuelto a dar señales de vida, debía de ser porque estaba indignada. Nos habíamos convertido en el objeto de su cólera y de su resentimiento. Leer un texto que reafirmaba sus sentimientos solo sirvió para complicar las cosas hasta el extremo. Al menos eso fue lo que pensé.

Habernos ocupado del pequeño animal con tanta ternura, sin que nadie nos hubiera dado permiso. ¿Era esa la razón de su enfado? ¿Cómo era posible que el afecto compartido por un mismo ser amado pudiera transformarse en resentimiento? Si todo se reducía a que no nos había dado permiso, ¿qué habría ocurrido si se lo hubiéramos pedido? Los gatos que salen de las casas no dudan un instante en cruzar fronteras que solo existen para los humanos.

Es posible que la publicación del texto generase en los vecinos el sentimiento de que el objeto de su amor había sido usurpado. Sí. Quizás era ese el verdadero motivo de su indignación. Pero incluso en ese caso, escribir en absoluto puede entenderse como una apropiación. La escritura también franquea sin distinciones los límites de la posesión. Al empujarla hasta el límite de lo expresable, ¿no serviría al menos para purificar esa tensión que flotaba entre los vecinos y nosotros, para derribar, una tras otra, todas las barreras que nos separaban?

Fuimos a ver un piso situado a unos setecientos metros en dirección sur, pero su orientación impedía la vista del olmo y regresamos con la cabeza gacha, abatidos por el desaliento.

Ocurrió ese mismo día.

Enfilamos por el Callejón del Relámpago en dirección a la puerta del jardín y nos cruzamos con un hombre vestido con ropa de diario que caminaba con las manos metidas en los bolsillos. Mucho antes de llegar a su altura, nos lanzó una mirada hostil. A medida que la distancia entre nosotros disminuía, se mantuvo firme sin apartar la vista. En el momento de sobrepasarle, su mirada fue la de un asesino. Ya en casa, mi mujer suspiró: «Pero ¿por qué?».

Me explicó que aquel hombre era el marido de la vecina. Nunca antes nadie le había dedicado una mirada tan cargada de odio. Me contó que cuando era pequeña su perro se iba de paseo él solo de vez en cuando. Un vecino al que le gustaban mucho los perros se hacía cargo de él, le cuidaba. Aquel recuerdo grabó en su memoria

un sentimiento de reconocimiento y deuda hacia quien velaba así por la libertad de aquel animal al que ella tanto quería.

—Queríamos tanto a Chibi… ¿Por qué razón nos odian?

—Solo le hicimos bien.

—¡Ni siquiera llegamos a tenerle en brazos!

—Es posible que el marido de la vecina estuviera preocupado por otra cosa.

—¿Qué, por ejemplo?

—No sé, imagina que está acribillado de deudas, que ha recibido el último recibo, que el interés ha aumentado tanto que no ve la forma de pagar su crédito. Está acorralado, atormentado, ve enemigos por todas partes, ¿entiendes? Sí, creo que tenía cara de que le sucedía algo así.

Cuantos más disparates dijera, más la consolaría. Esa era la idea. Un sinsentido por mi parte.

Abrí la ventana del baño y me metí en la bañera. El agua del pozo que utilizábamos para bañarnos dejaba la piel suave. Ya me había dado cuenta antes de la muerte de Chibi. Aquel gato que no era nuestro estaba siempre impoluto, pero en cualquier caso a mí me resultaba imposible pensar siquiera en darle un baño. Protegido de miradas indiscretas, solía dejar abierta la ventana, y mientras me frotaba de pies a cabeza Chibi se acercaba sigiloso por la espalda. Con el cuerpo humeante, canturreaba una canción caprichosa en la que me mofaba tiernamente de él:

El onsen[26] *de la colina de Chibi,*
el pequeño gato Sansuke[27]
que se limpia la espalda
y se da a la fuga con la primera gota…

El agua del estanque del jardín se había aclarado después del equinoccio de primavera. Un zorzal rollizo hacía allí sus abluciones. Un minúsculo carbonero vino a imitarle. Se sumergía en el agua para emerger más tarde y volver a sumergirse de nuevo en un juego sin fin.

20.

La ausencia del gato transformó el jardín en un paisaje sin alma. Me sorprendió constatar cómo la mirada es capaz de engalanar con colores un lugar o, por el contrario, despojarlo de ellos.

La primavera alcanzó su cénit y antes de darnos cuenta teníamos el verano a las puertas. Las flores fueron embelleciendo sucesivamente todos los rincones.

La abuela, que vio morir a su marido apenas tres meses después de mudarse a su apartamento de las afueras, telefoneaba a menudo. Nos hacía algunos encargos: recoger un pedido de harina de arruruz en la pastelería del barrio en la que compraba desde siempre, ir a buscar su medicina para la gripe… Ninguno de esos pequeños hábitos había cambiado. Cuando terminaba con su lista, antes de colgar, decía: «Sobre todo, no duden en utilizar la casa a su antojo», y reiteraba una vez más su ofrecimiento. Sin duda pretendía resarcirnos de algún modo por la obligación que nos había impuesto de marcharnos antes del final de agosto. Era su forma de disculparse. Nosotros, por nuestra parte, cumplíamos su petición y usábamos la casa principal a voluntad. «Pueden usar también la bañera.»[28]

Ignoraba cuándo lo habían construido, pero el pabellón tenía un anexo con una bañera en el que habían practicado una ventana redonda desde donde se podía contemplar la luna. En realidad, disponíamos de todas las comodidades, aunque la abuela insistía: «La bañera de la casa principal es más grande y confortable, se lo aseguro».

Tenía un recuerdo asociado a ese cuarto de baño con la gran

bañera a raíz de algo que había sucedido un año antes. En uno de esos escuetos mediodías de principios de verano, estaba solo en casa y escribía sentado a mi mesa de trabajo. De pronto escuché los gritos de la abuela. Me levanté a toda prisa; comprendí que las llamadas de socorro provenían del baño. El abuelo, con el cuerpo humeante, estaba medio caído sobre el borde de la bañera, llevaba puestos una especie de bombachos y trataba de sujetarse desesperadamente. El desamparo parecía haberse apoderado de él.

Dudé un instante y al final decidí llevarlo a su cuarto costase lo que costase. Rodeé su cuerpo con mis brazos. Me sorprendió la suavidad de su piel mojada. Quizás fuera debido a su extrema delgadez, sin el más mínimo rastro de grasa, pero aún conservaba una elasticidad y una tersura tales que tuve la impresión de levantar el cuerpo de un adolescente. Sus ojos estaban abiertos, los labios dibujaban un esbozo de sonrisa que parecía preceder a la pérdida del habla. Era como si la fuerza de voluntad le hubiera abandonado. Tuve la impresión de que su peso se duplicaba. Traté de subirlo a mi espalda, levantarlo como fuera, pero sus miembros no respondían como si estuvieran desarticulados. Sentí como si se hundiera lentamente. Bien que mal, le mantuve en vilo como pude en la postura de un luchador de sumo dispuesto al combate, pero no dejaba de preguntarme cómo iba a hacer para salir de aquel embrollo.

¿Era eso lo que se conoce como estar entre la espada y la pared, entre Escila y Caribdis, entre dos diablos y un océano profundo? Fuera como fuese, no podía quedarme así y dejar pasar el tiempo. Acuciado por la angustia, escuché el mecánico clac-clac de las tijeras de podar de los jardineros que trabajaban desde por la mañana temprano en el jardín de la casa del lado norte, al otro lado de la calle.

Senté al abuelo en la bañera como pude y le pedí a su esposa que tratase de sujetarle. La mujer tenía la frente perlada de sudor. Volé hacia la puerta que daba al sendero y llamé a gritos a los jardineros colgados de las ramas de un árbol.

Cuatro hombres ataviados con amplios bombachos y polainas descendieron ágilmente hasta el suelo y, sin apagar siquiera la radio que escuchaban, entraron uno tras otro en la casa. Después de una rápida valoración, un vistazo fugaz a la distribución del cuarto de

baño y el intercambio de unas palabras precisas, cada uno de ellos se hizo cargo de una de las extremidades del abuelo, que seguía apoyado malamente en la bañera. Con sumo cuidado, le transportaron a través de la galería hasta la cama que había en la habitación del fondo. Después, como si no hubiera ocurrido nada, se calzaron sus *tabis*[29] de trabajo, desfilaron por la puerta de servicio y regresaron a sus respectivos puestos en lo alto del árbol.

El clac-clac de las tijeras se volvió a escuchar de nuevo.

21.

El año había cumplido su ciclo casi completo tras la marcha de los ancianos y el mes de mayo tocaba ya a su fin cuando la abuela regresó. Los renacuajos se acercaban al borde del estanque haciendo gala de sus minúsculas patas. Era la época en la que el jardín se transformaba en campo de entrenamiento de salto para unas ranas del tamaño de un haba.

La señora se había sometido recientemente a una operación de cataratas y, aún convaleciente, no se dio cuenta de aquella agitación saltarina. Tampoco notó la ausencia de Chibi.

Sin embargo, nada más entrar a la casa dijo con voz quebrada: «La casa y el jardín están muy bien cuidados. Han sido ustedes muy amables».

Su estancia apenas duró dos semanas. Como era la última vez que volvía a su hogar, tenía la intención de seleccionar los muebles y los diversos objetos de uso cotidiano que habían quedado abandonados, llamar a un chamarilero y deshacerse de ellos.

Antes de que todo desapareciera le pedimos algunas cosas y ella nos regaló el brasero azul esmaltado del jardín, la vasija de barro cocido que decoraba el *tokonoma* y una pequeña lámpara de piedra sin pulir. «Si no, se lo llevarán todo y no conservaremos ningún recuerdo de nuestra estancia aquí», le dijimos en un intento por justificarnos.

En realidad, nuestro único deseo era quedarnos con la pequeña lámpara de piedra donde Chibi se subía a menudo para descansar, que estaba colocada a la sombra de los macizos de flores que daban al lado oeste. Tenía una forma curiosa. Se parecía a esos *mochi*[30]

de Año Nuevo colocados en tres pisos sucesivos y rematados con una mandarina.

En uno de esos días de tiempo fresco que preceden a la estación de lluvias, decidimos tomar unas fotos de recuerdo. Coloqué una silla junto a las azaleas y saqué algunas de la abuela sola. Después, otras donde aparecía sentada en el *engawa* junto a mi mujer. La abuela, alborozada, le agarró las manos y las puso encima de sus rodillas.

La mujer emprendió el camino de vuelta a su apartamento de retiro una mañana de principios de junio. Atrás dejaba aquella casa a la que probablemente nunca regresaría, pero la pareja de inquilinos no pudo estar con ella en el momento de la despedida.

Era el tercer aniversario de la muerte de Y. Se celebraba una ceremonia en su memoria en un templo antiguo de los alrededores de Saitama, situado en lo alto de una colina. Yo había llamado a nuestros amigos, a otros poetas, quería que fuera algo especial, honrar la memoria del poeta desaparecido, pero dos días antes, la muerte repentina de otro gran poeta, mayor que el resto de nosotros, nos hundió a todos en la consternación.

A menudo hablamos de tristeza violenta. ¿No será que al mezclarlos confundimos dos sentimientos distintos, tristeza e indignación? Alrededor de la muerte de una persona siempre reina la confusión. Se reúne gente abatida que llega de todas partes. Es un tiempo convulso, aunque limitado, en el que se tienen que decidir sobre la marcha muchos detalles imprevistos. Fue en un momento así, precisamente, cuando cometí el error de aceptar presidir la ceremonia durante las exequias que se iban a celebrar ese día.

Nos repartimos las tareas entre los amigos. Acompañaríamos al coche fúnebre hasta el templo de Sugamo y desde allí me apresuraría hacia el lugar que me habían reservado en la ceremonia en memoria del joven poeta. Al menos logré organizar un programa. Esa fue la razón de nuestra precipitada salida de casa.

Fue la abuela quien vino a despedirse. Nunca nos había visto con ropa que no fuera la de diario. Se quedó deslumbrada por el quimono de mi mujer. La sujetó por los brazos y le dijo: «Llevas el quimono con mucha elegancia. Estás preciosa». Un instante después añadió con una voz ligeramente cantarina: «No me gustan las despedidas cuando soy yo la que tiene que irse».

Nos llevó mucho tiempo encontrar una nueva casa. Comparadas con la que dejábamos, todas nos parecían pequeñas, caras, desprovistas de encanto.

Nos dimos cuenta de que en tres o cuatro años el mercado inmobiliario se había convertido en un completo absurdo y nadie ponía en duda que los precios del terreno iban a seguir disparados, como si ese fuera el orden natural de las cosas. Pedir un préstamo, hipotecarse y especular era todo uno, el pan nuestro de cada día. Los precios, las acciones, todo seguía al alza. Incluso en un barrio tranquilo y residencial como aquel, asistí, en una ocasión en que estaba sentado en la barra de un restaurante de sushi cerca de la estación, a la charla de una pareja joven que hablaba en voz alta, sin el más mínimo recato, de los sustanciosos beneficios que iban a obtener con la compra y reventa de un terreno, proyecto que, a todas luces, parecía un timo enorme. Pensé que por mucho que me cambiara de sitio me vería obligado a soportar conversaciones parecidas.

Nuestra búsqueda se circunscribía a los límites de un círculo cada vez más amplio cuyo núcleo seguía siendo el gran olmo. Suponiendo que nos hubiéramos dejado tentar por la idea de moda: «¡Más vale comprar que alquilar!», incluso una lejana periferia al final de cualquier línea de metro habría seguido estando fuera de nuestro alcance.

Un día visitamos varias casas acompañados por un joven empleado de una agencia inmobiliaria de Machida. Recorrimos los suburbios que quedaban a cuarenta minutos del centro y en el transcurso de nuestras visitas, tuvimos la oportunidad de entrever las vidas privadas de unos extraños en bloques de pisos, una mujer inquietantemente limpia que lo mantenía todo pulcro asumiendo que pronto vendería su apartamento, la casa de un jugador de béisbol profesional al que no terminaba de llegar su oportunidad en el banquillo, una casa inundada de peluches por un padre siempre ausente… Fragmentos inesperados de la vida de los otros.

De un apartamento a otro, ponía toda mi atención para no perder de vista el momento en el que la situación cambiaría y nos brindaría una oportunidad.

Maquiavelo, que se embarrancó junto a Leonardo en el improbable proyecto de dominar las crecidas del Arno, escribió un

poema a propósito de la Fortuna:

> *… similar a un torrente que se vanagloria, que se golpea con todo lo que encuentra a su paso,*
> *eleva el suelo por una parte, lo reduce por otra, transforma sus riberas, su lecho, su curso,*
> *y hace temblar la tierra allí por donde pasa:*
> *así la Fortuna, en su curso impetuoso, cambia aquí y allá la faz de este mundo.*

¿Había empezado la diosa Fortuna a hacer de las suyas? De nuestro espacio vital a uno nuevo: ¿cómo manejar siquiera la pequeña corriente que suponía esa mudanza cuando no éramos más que simples juguetes del destino? Profundamente desesperanzado, intenté enfrentarme a las cosas como si no me concerniesen.

22.

A mediados del mes de julio, la estación de lluvias llegó a su fin. Sobre una roca expuesta al sol al borde del estanque, se plasmó la silueta azulada de una libélula. ¿Era el vástago de la que venía a refrescarse el verano pasado bajo el arco aéreo del agua de la manguera? Aquel macho azul y la hembra amarilla, acoplados en elipse amorosa, volaron de matorral en matorral a lo largo y ancho del jardín. ¿Era acaso la criatura concebida por los amantes alados?

El macho con el que había llegado a familiarizarme había desaparecido cuando se consumían los últimos días de agosto. La visión de aquel jardín abandonado por los abuelos, sus legítimos dueños, me había entristecido aún más cuando se marcharon también mis compañeros alados. Ahora, sin embargo, tenía la impresión de que aquella misma libélula revivía al calor de la luz de verano. Conmovido por la crueldad de la desaparición y lo ilusorio de un nuevo renacimiento, recordé a los que ya no estaban, a los que nunca volvería a encontrar.

Un mediodía de finales de julio, el sol lanzaba sin compasión rayos despiadados. Salí al jardín y miré hacia las rocas que bordeaban el estanque. No había rastro de libélulas. Di dos palmadas, como antaño. En alguna parte el aire vibró imperceptiblemente. Una silueta transparente, límpida, voló hacia mí. El insecto se acercó, feliz ante la visión del arco refrescante que formaba el agua de la manguera. Aleteó en todas direcciones. Supe que era él.

Evitó la sutil trampa tejida por una araña. Parecía como si recuperase antiguos hábitos al recorrer el jardín de un extremo al

otro, un jardín cada día más abandonado. Una idea me asaltó de improviso. Cerré la manguera. El arco de agua desapareció. Levanté el dedo índice de la mano izquierda. La libélula dio una vuelta en torno a mí a una prudente distancia. Después se acercó deprisa, giró frente a mis ojos sin darme tiempo apenas para apreciar el pequeño círculo que describía, voló en dirección al dedo tendido y se posó.

Mi corazón saltó de alegría. Sí. Definitivamente era él. Todo sucedió en un momento fugaz que duró eternamente. En mitad de aquel jardín que ya no iba a recibir más visitas, a salvo de miradas indiscretas, la libélula aterrizó en mi dedo con sus cuatro alas transparentes y me miró con sus ojos saltones.

Debió de notar un ligero temblor, porque levantó el vuelo de nuevo para volver a posarse inmediatamente después. Otra vez el tiempo se detuvo.

Un zorzal despegó desde lo alto del olmo, lanzó un grito estridente y desapareció. Sorprendida, la libélula se alejó, voló ascendiendo en círculos hacia el cielo. Esperé con el dedo extendido. Después de revolotear a un metro de altura sobre mi cabeza, se posó de nuevo en él, como si quisiera instalarse allí.

23.

Una mañana temprano, dormía en la habitación de invitados de la casa principal cuando me pareció escuchar que alguien afilaba un cuchillo cerca del *engawa*. Era un amanecer de luz cegadora de finales de verano. El ruido me llegaba desde muy cerca. Salí a echar un vistazo, pero no vi a nadie. Me calcé sin más dilación y caminé en dirección al ruido hasta darme cuenta de que provenía de uno de los matorrales que rodeaban el ciruelo.

Miré entre las hierbas. Una inmensa mantis religiosa se volvió hacia mí. Entre sus patas mantenía atrapada a una cigarra que ni siquiera había tenido tiempo de plegar sus alas.

Padezco una aversión incontrolable hacia las mantis religiosas. Su sola visión me resulta insoportable. El ruido que me había hecho pensar en un afilador era, en realidad, la fricción de las alas de la cigarra que se debatía desesperadamente por librarse de su temible predador, aunque también podía ser el de la mantis al servirse de su grito de guerra con el fin de intimidar a su adversario.

Con la trágica escena grabada en la retina, regresé a la casa sin aliento, y aquel terrible ruido cada vez más intenso atravesándome los tímpanos. Mi mujer me preguntó qué sucedía. Le describí el paisaje de la batalla, se levantó de un salto, agarró el sacudidor de mimbre que había en el *engawa* y se precipitó descalza, aún en camisón, hacia el jardín.

La seguí. De un golpe certero lanzó a la inmensa mantis hasta el macizo de azaleas que quedaba justo detrás. Agarró a la exhausta cigarra y se la puso en la palma de la mano. Aunque ya la dábamos por perdida, sus alas adornadas con motivos verdes emitieron una

ligera vibración. Insegura, levantó el vuelo, cayó, volvió a batir las alas y finalmente se elevó muy alto, por encima del foso que había en la parte oeste.

—A la pobre cigarra el segundo ser humano le ha debido de parecer un dios, mientras que el primero tan solo un inútil redomado.

Sorprendida por mi modo de hablar, mi mujer se quedó dándole vueltas a esa idea. Ella, que mantenía un trato cordial con la mayor parte de los seres vivos, hacía, no obstante, una excepción. Ignoro por qué, pero no soportaba a los patos. Cabía la posibilidad, por tanto, de que el ser humano inútil acudiese en ayuda de una pobre cigarra atrapada por un pato y de ese modo se convirtiera en su dios. Pero si la presa del ánade era una mantis, lo más probable sería que los dos nos quedásemos temblando de miedo bajo las sábanas a la espera del fatal desenlace.

Las aversiones son algo extraño. Nos obligan a reflexionar sobre vínculos especialmente fuertes que conservamos de una vida anterior, pero como la sola idea de mantener ese vínculo nos repugna, tendemos a alejarlo de nosotros como si fuera una amenaza.

En cualquier caso, la cigarra escapó de las garras de la muerte y pensé que iba a disfrutar de una vida plena en el único verano de su existencia. En cuanto a la mantis… En fin, trato de no pensar en eso.

Aquello ocurrió cuando ya habíamos encontrado una nueva casa. Llevábamos un tiempo durmiendo en el cuarto de invitados de la casa principal, disfrutábamos con el desorden de las cajas de cartón amontonadas, del encanto con fecha de caducidad de una casa construida sesenta años antes que en breve iba a ser vendida, dividida y demolida.

24.

El último sábado del mes de agosto fue el día que precedió a la mudanza.

Me di cuenta de que habían tapado con una alambrada los huecos de la parte baja del muro por la zona que limitaba con los vecinos del lado este, aunque ignoraba cuándo lo habían hecho. En ese espacio que quedaba a la vista, me pareció entrever una presencia que quizás se había escapado o tal vez se hubiese extraviado. Era un gatito.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo escuché la voz de la vecina. Dejé una caja a medio empaquetar y agucé el oído.

—¡Fíjate! Es como una piedra preciosa.

—¡Sí!

El gato estaba justo en el límite de la frontera entre las dos casas, encima de un pequeño tejado que había en el jardín de los vecinos. Sin embargo, ya no había motivos para inquietarse. No iba a entrar en la casa de al lado. Eso era lo que se desprendía de la conversación entre madre e hijo.

Al parecer, los ojos del gato resplandecían en la penumbra.

—¡Qué ojos tan bonitos tiene!

Madre e hijo observaban la linde desde la entrada de su casa. Apenas logré escuchar la voz del niño que asentía a todo lo que le decía su madre. Miré por la ventana hacia el lado sur. Un farol encendido se balanceaba ligeramente.

Yo no albergaba resentimiento alguno, pero aún no podía dejar de soñar con Chibi y ellos ya tenían otro gato. A mi mujer tampoco se le pasó por alto el detalle. Se apoderó de ella una gran agitación.

La casa había alcanzado el paroxismo del desorden. Teníamos que terminar de empaquetar antes de que anocheciera, llenar todas las cajas, cerrarlas, pero no dejaban de aparecer nuevas cosas que empacar por todos los rincones. Después del mediodía tuvimos que pedir varias veces a la empresa de mudanzas cajas suplementarias, así hasta sumar un total de doscientas. La mayor parte de ellas contenían libros y objetos sin ningún valor.

Para poner fin de una vez por todas a aquel trabajo infinito, lo mejor era tomárselo a risa. Sin embargo, estábamos profundamente abatidos. La pretendida risa se podía tornar en llanto con suma facilidad.

Mi mujer se hundió al darse cuenta de que el pequeño ser enterrado al pie del pino iba a ser abandonado al olvido. No soportaba la idea de que nuestra mudanza participaba también de ese olvido. Pensé que la mejor forma de disipar la tristeza sería encontrar otro gato. ¿Se había visto obligada la vecina a recurrir al mismo ardid? Una vez tomadas todas las precauciones para que las cosas no se volvieran a repetir, gracias a una malla metálica bien firme que impedía el paso entre las dos casas, había decidido adoptar a otro gato.

También nosotros habíamos empezado a entretenernos en los escaparates de las tiendas de animales del barrio cuando pasábamos por delante, pero mi mujer siempre sacudía la cabeza. Fuera cual fuera la gracia del gato de turno, ella decía: «No, no es este». Era su modo de señalar el hilo invisible que podía haber conectado al gato único que fue Chibi con el que tenía delante.

Si íbamos en bici hasta barrios lejanos, a veces nos topábamos con camadas de recién nacidos en algún recodo del camino, aunque todos parecían tener dueño. Eran pequeños descubrimientos llenos de ternura. Mi mujer se bajaba de la bici y se agachaba para contemplarlos.

—¿Quieres que pregunte si nos regalan uno? —llegué a proponerle en una ocasión—. O si prefieres nos lo llevamos sin más —me arriesgué.

Tras unos instantes de reflexión, se levantó y dijo con una sonrisa triste:

—No, no es este.

Las cajas se amontonaban en el salón de la casa principal, no

dejaban de aumentar en número, de ocuparlo todo a medida que los objetos desaparecían de la vista. Quedaba, sin embargo, una pequeña en un rincón de la habitación japonesa. Ninguno de los dos osábamos tocarla, siempre tenía la tapa abierta. Dentro había una toalla acolchada que cubría el fondo. A su lado una escudilla pequeña que aún conservaba un ligero olor a pescado.

25.

Encontramos un apartamento en un edificio no muy grande que estaba rodeado por una veintena de olmos.

Después de extender en vano la búsqueda hasta la zona de Kawasaki y Tamagawa, terminamos por reemprenderla en nuestro barrio a mediados del mes de julio. La fecha límite para dejar la casa se aproximaba y recorríamos sistemáticamente en bici todas las agencias inmobiliarias para completar así lo que se había convertido en una investigación minuciosa. Nos acordamos de la agencia que estaba al lado de la estación, donde nos hablaron por primera vez del pabellón de la abuela cuatro años antes. Nada más llegar, mi mujer se fijó en un anuncio que parecía muy reciente. Se trataba de un apartamento en la segunda planta de aquel edificio rodeado de árboles.

Sin pensárnoslo, subimos a las bicis y fuimos a echar un vistazo. El edificio, en efecto, solo tenía dos plantas y no sumaba más de cuarenta apartamentos en total.

Leímos en un cartel que los árboles estaban protegidos por el municipio. Al menos veinte olmos de gran porte se alzaban hacia la parte sur, no muy lejos de una casona vieja que pertenecía al propietario del terreno. Cerca había un paso a nivel que quedaba a mitad de camino de la siguiente estación y allí al lado sobrevivía un bosque ralo de árboles viejos. Al parecer lo habían usado un tiempo antes para practicar golf.

El precio del apartamento era el doble que el del pabellón. Nos obligaban a dejar un depósito en garantía y presentar un certificado de ingresos. Ni que decir tiene que los animales estaban prohibidos.

Habíamos buscado un poco por todas partes con la intención de comprar, pero nuestras economías no estaban a la altura de los tiempos y terminamos por decir basta a los suspiros de desaliento. Todas las casas que veíamos, por otra parte, tenían algo ominoso. Me explico: no eran los edificios en sí mismos lo que nos provocaba rechazo, sino que una y otra vez comprobábamos hasta qué punto había cambiado aquel lugar después de que nos instaláramos en el pabellón. En aquella pequeña y olvidada zona residencial, las casas antiguas, llamadas a ser divididas o destruidas, se erguían como testigos tristes de otra época que imprimían un aire melancólico al paisaje.

A mis ojos fatigados, era implanteable dejar escapar aquel inesperado oasis de verdor. Por si no fuera razón suficiente, a siete minutos a pie se encontraba el olmo de Chibi. Quién sabe, quizás entre la agitación de hojas que se veía desde la ventana pudiéramos distinguir también el movimiento de sus ramas…

Fue a primeros de agosto, unos días después de depositar la garantía. Mis pasos me condujeron de manera espontánea, en un paseo solitario, hasta el lugar donde pronto íbamos a vivir.

Nada más entrar en el terreno que rodeaba el edificio, escuché el poderoso crujir de las ramas de los olmos al cimbrearse con vigor y flexibilidad. En la parte sur del edificio en forma de L había una pequeña parcela de césped que no se podía pisar. Al apartamento se accedía a través de una escalera que se hallaba en el ángulo formado por el edificio. Como la familia que lo ocupaba todavía vivía allí —estaban muy ilusionados por mudarse a la casa que acababan de comprar—, tuve que contentarme con levantar la vista y mirar por la ventana que daba al norte.

Al rodear el edificio por la derecha, se abría un espacio sin construir. Avancé por el terreno irregular y descubrí cuatro gatitos mamando del vientre de su madre, tumbada panza arriba en mitad de unas malas hierbas. Sorprendidos por el ruido de mis pasos, los gatos, que apenas tendrían un mes, hicieron ademán de huir y saltaron por encima de la madre. Se parapetaron tras ella y con mucho sigilo se giraron hacia mí. La madre, aunque alerta, siguió tumbada sobre la hierba con la cabeza ligeramente levantada. Su aspecto era poco frecuente. Tenía la mitad del cuerpo blanca y la otra negra… Sus cuatro vástagos, en formación defensiva tras ella,

eran todos distintos, si bien presentaban las inconfundibles marcas del linaje de los felinos del barrio, manchas con motivos irregulares en gris oscuro en mitad del pelaje blanco.

No quería interrumpir su almuerzo. Volví sobre mis pasos.

Nos mudamos a finales de agosto. La casa de la anciana se puso a la venta inmediatamente después. Sin embargo, al contrario de lo que habíamos supuesto, ningún comprador se presentó enseguida.

Teníamos la impresión de que una gran sacudida iba a estremecer el mundo.

La abuela se felicitó por teléfono de que nos hubiéramos mudado a menos de diez minutos a pie de la antigua casa.

«Me haría bien saber que van de vez en cuando a echar un vistazo».

Como aún conservaba unas llaves, entré en la propiedad, que se había transformado en un lugar abandonado. Fue mi oportunidad de estar solo en mitad de aquel jardín que ni la abuela, ni el abuelo, ni mi mujer, ni el gato, ni tampoco yo habitábamos ya.

26.

A los cuatro gatitos les gustaba brincar en el césped. Además de la madre, también estaba el padre, un morrongo gris ceniciento, y, cosa rara, toda la familia vivía junta.

Cuando llegó el otoño, la madre se transformó en un ser invisible. Las cuatro pequeñas formas vacilantes pasaron a ser tres. De entre todos, uno en especial tenía motivos que recordaban al pelo de Chibi. Terminamos por llamarlos los Chibichibis.

Los tres cachorros y el padre nunca andaban muy lejos de la entrada del edificio, pero lo cierto es que solo uno de ellos, muy educadamente sentado sobre sus posaderas, se atrevía a erguirse entre los macizos de flores con las patas delanteras mirando al frente, la una pegada a la otra. Los demás, padre y hermanos, se quedaban agazapados tras las azaleas.

Ignoro cómo se repartían los roles entre ellos. La más pequeña, sin duda la más agraciada, terminó por llamar la atención de los habitantes del edificio, debido seguramente a su porte elegante. Seducido por su donaire, alguien le dejó comida en el borde de la acera. El grupo avanzó con cautela por detrás de aquella hermosura y empezó a dar cuenta de un banquete que llegaba como caído del cielo. La dignidad impedía a la pequeña tocar la comida, pero en cuanto se dio cuenta de que los otros iban a pulir el plato sin dejarle nada, se olvidó de las poses y se lanzó a reclamar su parte.

Bautizamos a cada uno de los Chibichibis: Onechan[31] a la guapa, Shirochan[32] a la que era blanca casi por completo y parecía tener más carácter, Kappa[33] al más temeroso, con su espalda cubierta de manchas en forma de caparazón. En cuanto al padre,

prudente y tranquilo, simplemente lo llamamos papá.

Era innegable que Onechan se parecía a Chibi. Sin embargo, comparada con la impresión de misterio que desprendía este, lejos del ruido y de la gente, un ser que no pertenecía ni al cielo ni a la tierra, Onechan, al contrario, poseía algo muy terrenal, tierno, dulce. Su cuerpo tenía forma de pera, cierta redondez, una cola corta. Era fácil familiarizarse con ella, parecía un gato salido de un dibujo animado.

Al volver un día a casa, mi mujer dijo:

—Onechan sigue ahí abajo.

—Es realmente preciosa.

—Voy a darle algo de comer.

Me recordó a la época en la que salía a diario a jugar al jardín con Chibi. Cuando el otoño se instaló definitivamente, ya había adquirido la costumbre de bajar a darles de comer. Como los otros inquilinos del edificio también se ocupaban de ellos, mi mujer intuyó que un día u otro habría que tomar una decisión. Una tarde dijo en tono alegre:

—Me bajo a jugar.

Tenía la mano llena de pececitos secos y llevaba la pelota de ping-pong, que había estado guardada en la caja de Chibi dentro de un armario. Al poco rato volvió con aire abatido.

—¡No juega! Ni siquiera hace gesto de tocar la pelota, por mucho que se la ponga justo delante. ¡Como si la sola idea de jugar con ella no se le pasara por la cabeza!

Su expresión al decirlo fue la misma que ponía cuando se acordaba de Chibi.

Empezó a soplar el viento que anunciaba el invierno. Onechan empezó a jugar. Después de ponerle la comida, ya entrada la noche, a una hora en la que no corrían riesgo de ser descubiertas, el juego se convirtió en la rutina diaria de mi mujer y la gatita. Como la pelota de ping-pong rebotaba demasiado en el duro asfalto, confeccionó una especie de muñequito de nieve que ató al extremo de una caña de bambú. Así podía jugar con ella a cierta distancia.

Los demás gatos se conformaban con contemplar el espectáculo desde los parterres de flores. En una ocasión, la gatita se agachó sin dejar de mover la cabeza al compás del balanceo del muñeco y empezó a toser de una manera preocupante. Todo el rato que duró

su acceso de tos, mi mujer y los demás felinos no dejaron de observarla con aire inquieto.

Una tarde de mediados de diciembre, Onechan trepó furtivamente hasta el segundo piso en busca del muñeco.

Arriesgó una mirada al interior a través de una abertura en la puerta. Sin obligarla a pasar, le facilitamos el camino bloqueando la puerta con una sandalia. Dejamos la decisión de qué hacer enteramente en sus manos. Onechan recorrió con cautela aquel interior humano que veía por primera vez. Después, salió sin hacer ruido, bajó aprisa las escaleras y regresó con los suyos, que la esperaban fuera.

Mi mujer bajó detrás. Papá, acurrucado con su pelaje gris, la esperaba protector. Me contó que nada más pasar a su lado el gato le dio un golpe en la cabeza a modo de reprobación. Onechan se limitó a cerrar los ojos y lanzar un débil maullido.

Al día siguiente nos marchamos una semana de viaje. Nos habían invitado a la boda de un familiar en Kyushu y aprovechamos la ocasión para disfrutar un poco de mi tierra natal. Dejé a mi mujer en casa de sus padres, que vivían en la misma región, y regresé solo. Llegué a casa muy tarde.

En la entrada del edificio había un paso reservado para los coches y otro para los peatones. La familia de gatos siempre estaba en los parterres que había junto a la calzada y jamás se aventuraba más allá del vestíbulo iluminado donde se alineaban los buzones.

Me preguntaba si habrían tenido bastante comida durante esa semana. Doblé la esquina que daba a la casa del propietario y me acerqué. Las ramas de los olmos lo oscurecían todo. Finalmente apareció el luminoso vestíbulo. Nada más entrar, nada más atravesar la atmósfera inundada por el ciego resplandor de la luz fluorescente, una pequeña forma salió a mi encuentro con un maullido.

27.

A partir de aquel día la gatita empezó a trepar los peldaños de la escalera hasta el segundo piso y, de vez en cuando, mientras sacudía la cabeza a izquierda y derecha como si fuera una muñeca articulada, le atacaba la tos. Dudaba de que fuera a resistir los rigores del invierno.

El 2 de enero, la puerta del apartamento, que hasta ese momento había estado bloqueada con la sandalia, se cerró. La primera compra del año fue un recipiente de plástico y arena para llenarlo.

«¿Y si nos quedamos también con Kappa?», sugirió mi mujer.

Kappa era, después de Onechan, el gato con el aspecto menos apto para soportar la vida en el exterior. Él, que siempre iba retrasado con respecto a los demás, nunca dejaba de temblar sobre sus patas vacilantes de tan miedoso que era. Mi mujer alimentaba el deseo inconsciente de adoptar a toda la familia, pero si se pasaban la noche maullando y no llegaban a habituarse a la vida en un interior donde, además, estaban prohibidos los animales, nos veríamos obligados a una nueva mudanza.

Eso no era todo. Kappa no parecía en absoluto capaz de subir por sus propios medios hasta la segunda planta. Ni siquiera hizo ademán de acercarse al muñeco de nieve que le lancé un día desde detrás de un árbol. Para atraerle hacia nosotros era imprescindible elaborar un plan.

No teníamos pájaros, pero sí una cosa que habíamos convenido en llamar jaula. Estaba hecha con bambú viejo, era rectangular y considerablemente larga. Instalé un mecanismo para dejar la

puertecilla abierta y puse algo de comida en el interior. Mi objetivo era acecharle en el solar vacío… Fue así como pasé de ser el simple diseñador de un plan a convertirme en su ejecutor.

Una fría noche de la primera semana de enero, Kappa se acercó entre los pinos. Después de merodear un buen rato alrededor de la jaula con aire desconfiado, atravesó lentamente el umbral. De forma inesperada, en ese mismo instante la psicología del cazador cambió. Si cerraba la trampa, Kappa quedaría encerrado y, presa del terror, empezaría a debatirse en el interior. La jaula podría desequilibrarse por el inusual peso de su contenido y Kappa, una vez libre, ¿podría acaso convertirse en nuestro gato? Mantuve la tensión del hilo que mantenía abierta la puertecilla de bambú.

A pesar de su desconfianza innata, se lo comió todo. Nada más acabar, se dio media vuelta dentro de la jaula con un movimiento vacilante. Me miró con sus ojos redondos, pero no fui capaz de interpretar si sospechaba de mí o no. Temeroso, cruzó de nuevo el umbral de la puerta, me miró otra vez y, despacio en un principio, pero más rápido después, galopó a saltitos entre los olmos desnudos hasta desaparecer por la parte baja del camino.

Con ojos llenos de ternura, mi mujer contemplaba a la gata que dormía en la cama de Chibi en la misma posición de arco de medio punto, con su diminuto cuello ceñido por un collar. «Es mi gata», murmuró.

Sabíamos que aún faltaba mucho tiempo hasta que nos dejara sostenerla en brazos como haría una gata casera. Urgía llevarla al veterinario, pero antes de eso decidimos buscarle un nombre, un buen nombre como era debido.

28.

Los precios del suelo, disparados desde mediados de la década de los ochenta, empezaron a desinflarse a partir de la primera mitad de los noventa. El otoño en el que la abuela puso la casa en venta, la crisis ya era un hecho irrefutable. En agosto de 1991 el hundimiento de la economía había rebasado ampliamente las expectativas y el país entero se sumió en un estado de pánico. Un día estaba mirando distraído la televisión cuando pasaron un anuncio sobre no sé qué tipo de operación inmobiliaria: «Lo que se transmite de padres a hijos, la construcción de una casa nueva y sólida, es un bien tan preciado como la educación…». El locutor decía algo por el estilo. La voz en *off* hablaba en un tono tranquilo, pausado. En la imagen se veía la mano de un hombre posada sobre la cabeza de un niño frente a la puerta de una casa antigua donde se agitaban las ramas de un pino. Intercambiaban saludos con alguien que pasaba por allí, todo eran sonrisas. El muro perimetral de la casa, difuminado en blanco y negro, me recordó algo.

Aproveché para ir a echar un vistazo en uno de mis paseos y por la disposición de los bambúes encastrados en la parte inferior del muro, por las manchas en la madera, comprobé que se trataba de «aquella» casa.

El anuncio evidenciaba el cambio de rumbo del mercado inmobiliario. De fomentar la compra para especular con las continuas subidas del precio del suelo pasaron a lo contrario. La casa antigua, que en el anuncio aparecía como un bien destinado a ser transmitido, estaba, sin embargo, echada a perder, como la pintura ajada de un decorado maltratado por el tiempo. Sin nadie

que la legara, sin nadie a quien ser legada. Tan solo esperaba a ser troceada.

En verano aún tenía las llaves. Entré. Las malas hierbas habían alcanzado una considerable altura y lo habían invadido todo. El estanque se había secado. No se apreciaba por ningún sitio el calor de la presencia humana, las huellas de otros seres vivos. ¿Qué había sido de la libélula? ¿Y de la mantis religiosa gigante? Las azaleas y los acebos enanos lucían sus tristes ramas crecidas de modo anárquico. Solo las rosas del lado del cobertizo lograban captar aún la dulzura de la luz y florecían con gracia.

En diciembre de 1991 fuimos a visitar a la abuela a su apartamento de la periferia oeste de Tokio. En el transcurso de una conversación sin ton ni son que se extendió durante más de tres horas, aproveché para hacer una fugaz alusión a la cuestión de la casa. Después de ser dividida en tres, había terminado por encontrar un comprador que la había adquirido, eso sí, a un precio muy inferior al previsto. La casa iba a ser demolida a mediados del mes de enero.

Como le prometí, me acerqué unos días más tarde a echar un vistazo. Una parte del muro que miraba al callejón se había hundido. Daba la impresión de que iba a continuar derrumbándose hacia el interior de la casa, así que lo reforcé como pude a pesar de que no tenía intención de arreglar nada. El 3 de enero, aprovechando que debía dar unos últimos retoques, fui con mi mujer con la idea de trasplantar a unas macetas unas *kodemari*[34] que había en el jardín. La cerradura estaba oxidada y no fui capaz de abrir la puerta. Le dije a mi mujer que pasara por un hueco del muro y abriera desde el interior.

La invasión de malas hierbas, exultantes durante el verano, había devenido un paisaje agostado. El jardín se había transformado en el abandono mismo. Justo en medio habían colocado una especie de tablón metálico para indicar la división del terreno en tres. Se me encogió el corazón al contemplar el ciruelo, que extendía sus ramas abotonadas de brotes en mitad de todos aquellos árboles cuyo aciago destino no era sino la tala…

Miré al cielo. El olmo de la casa vecina balanceaba suavemente sus ramas despojadas de todas sus hojas contra el límpido azul invernal. Su corteza brillaba como metal pulido.

Mientras mi mujer desenterraba las plantas, enrollé la alfombra de mimbre que habíamos dejado en el suelo del pabellón. El recuerdo de quien venía a visitarnos hacía tan poco tiempo se apoderó de mí. Aquel era justo el sitio donde pisaba antes de entrar.

Volví a pasar por delante de la casa el 16 de enero. Habían montado un andamio y lo habían cubierto con lonas gruesas de color naranja que se extendían a lo largo del callejón y llegaban incluso a tapar el tejado. El agujero en el nudo de la madera ya no estaba conectado a ninguna imagen, la cámara oscura se había quedado sin uso. La demolición iba a tener lugar en breve.

El último día del mes de enero, la lluvia se transformó pronto en nieve y formó una espesa capa silenciosa. Habíamos trabajado todo el día sin descanso. Decidimos salir a distraernos un rato en aquella noche iluminada de blanco. Después de cenar nos dirigimos hacia la casa; la nieve caía, crujía bajo el peso de cada uno de nuestros pasos.

Dejamos atrás la casa de los *susuki*, bajamos la calle, giramos a la izquierda y la antigua casa convertida ahora en un solar apareció ante nuestros ojos. La de al lado había quedado completamente expuesta.

En la oscuridad, el terreno desnudo era la blancura misma.

29.

H. vivía apenas a un minuto a pie del Callejón del Relámpago, en dirección sur. Era un ensayista al que conocía desde hacía mucho tiempo. Cuando éramos vecinos no nos frecuentábamos, pero ahora teníamos relación por motivos de trabajo y de vez en cuando volvíamos en el mismo tren.

Se había mudado a esta zona en 1950 con sus padres. Por aquella época, en que él tenía cinco años, en los alrededores no había más que campo. Bajo el puente fluía un río pequeño que siempre acababa por desbordarse después de una lluvia torrencial.

Le pregunté por la historia del callejón. Sonrió mientras sacudía la cabeza: «Sí, es cierto. Es un lugar curioso. Es muy pequeño y a pesar de todo siempre han vivido allí artistas, grabadores, botánicos, geólogos, músicos, fotógrafos de esculturas budistas…, gente así».

Me contó también algo que no esperaba. Los dueños de Chibi se habían mudado para instalarse en las afueras de Tokio. Yo estaba convencido de que pasarían toda su vida en aquella magnífica casa a la sombra del olmo gigante, pero el nuevo colegio de su hijo los obligó a estar más cerca de la ciudad.

Ahora Chibi estaba solo.

Había muerto un 11 de marzo, una noche de luna llena. A partir de entonces, todas las noches del aniversario de su muerte íbamos a pie hasta la casa de los *susuki*, donde le habían encontrado. Una vez seguros de que no iba a pasar nadie, dejábamos dos o tres peces secos donde presumíamos que había ocurrido la desgracia y rezábamos por su alma. Luego, nos dirigíamos lentamente hacia la

que había sido nuestra antigua casa.

Diez años después de su muerte, sin embargo, cada vez que juntaba las manos y cerraba los ojos para rezar en silencio, me daba cuenta de que en el fondo nunca había creído que fuera atropellado por un coche. Jamás le dije nada a mi mujer.

Aquella siempre había sido una calle tranquila. Los coches que salían de la principal y giraban para bajar por allí, así como los que subían de la costa y llegaban hasta el cruce, se veían obligados a ralentizar la marcha. Cada vez que me agachaba y rezaba, pensaba que Chibi habría sido perfectamente capaz de evitar los coches que pasaban por detrás.

La corrección del ensayo que había empezado a publicar por entregas hasta darle la forma de esta novela, a la que añadí también notas tomadas a vuela pluma para zafarme del olvido, me hizo caer en la cuenta de un detalle que hasta ese momento había pasado por alto: el 11 de marzo en cuestión era un domingo.

La tarde del sábado 10 de marzo habíamos ido a la inauguración de la exposición. Esa misma noche, al regresar a casa poco después de las diez, la comida que había en la escudilla en un rincón de la habitación japonesa había disminuido ligeramente.

El domingo no hubo señales de Chibi. El chicharro que le había preparado mi mujer y la tela a modo de cortina en la gatera así lo atestiguaban.

En mi cuaderno había anotado las palabras de la vecina: no fue el 10 de marzo, sino el 11, a las once y media de la noche, cuando encontraron el cuerpo inerte de Chibi en la calzada. Un poco antes, el gato dormía en casa con ellos. También eso me lo había dicho ella, estaba apuntado un poco más adelante en el mismo cuaderno.

Mis recuerdos sobre lo ocurrido, sometidos a pesar de toda precaución al inevitable desorden de los innumerables elementos de la realidad, están confusos. En algún momento había cometido una equivocación en mi percepción del desarrollo de los acontecimientos. Justo antes de salir para ir a la exposición, había visto a Chibi de espaldas. Al ser esa la última vez que lo había visto con vida, había deducido que el gato había encontrado la muerte esa misma noche del día 10, a las once y media. Al amanecer, por tanto, su cuerpo ya debía de estar frío, muerto irremediablemente, y por ese motivo era el 11 cuando rezábamos por él. Los errores se

habían ido encadenando.

Estremecido por el vacío que es la muerte, se me había pasado por alto lo más importante. Ahora que llego al final de esta novela, he terminado por comprender todo al reconstruirlo.

Entre la noche del 10 de marzo y las once y media del 11, Chibi no había venido a casa pero aún estaba vivo. Esa es la conclusión a la que he llegado. Él, que no había faltado un solo día, fiel y constante incluso cuando estaba herido y venía a mostrarnos las huellas de la pelea en su cuerpo, estaba sano y salvo. Ese, en cambio, había sido el único día que faltó. ¿Por qué? ¿Era posible algo así? Sí. Lo cierto es que así había ocurrido.

¿No me quedaba acaso más remedio que admitir que Chibi había pasado aquel último día de una manera completamente distinta a lo que era su costumbre? Me gustaría saberlo todo de aquellas horas, tan escuetas como gotas de agua, pero es como si las tinieblas del tiempo las hubieran absorbido.

«Él nunca se aventuraba por su cuenta hasta la casa de los *susuki*».

En mi cuaderno había anotado aquellas palabras de la vecina.



TAKASHI HIRAIDE (Moji, Kitakyushu, Japón, 1950). Después de trabajar durante nueve años como redactor para una editorial de Tokio, decidió consagrarse a la escritura.

Entre sus obras se cuentan una biografía del poeta Irako Seihaku, un libro de viajes que rastrea los pasos de Kafka, Celan y Walter Benjamin en Berlín, una compilación de cartas inclasificable y el libro de poemas *Kurumi no no tameni*
sen'i
(Para el espíritu luchador de las nueces).

Es profesor de Ciencia del Arte y Poética en la Universidad de Tama y miembro fundador del Instituto de Antropología del Arte en Tokio. Su primera novela, *El gato que venía del cielo*, traducida al inglés y al francés con gran éxito, ganó en 2002 el Premio Kiyama Shohei.

Notas

[1] Hilera de casas alineadas bajo un solo tejado. *(N. de los T.)* < <

[2] Raza canina japonesa de pequeño tamaño. *(N. de los T.)* <<

[3] Pájaros que empezaron a importarse a Japón desde China en la era Edo
(1603-1868)
. *(N. de los T.)* < <

[4] La era Showa se inaugura en 1926 con la subida al trono del emperador del mismo nombre y se extiende hasta 1989, año de su fallecimiento. *(N. de los T.)* < <

[5] Literalmente, «pequeño». *(N. de los T.)* <<

[6] Pasillo exterior de madera que sirve de desahogo a la casa al conectarla con el jardín. Cuando está en el interior, tras las ventanas a modo de galería, se trata de un *engawa*. *(N. de los T.)* <<

[7] Se refiere a un sistema de adivinación de origen chino que determina direcciones propicias. *(N. de los T.)* <<

[8] Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, traducción de Miguel Ángel Granada, Madrid, Alianza, 2005, p. 134. < <

[9] Tabiques móviles para separar espacios normalmente decorados con distintos motivos. *(N. de los T.)* <<

[10] El *tokonoma* es un pequeño espacio elevado en aquella habitación de la casa japonesa tradicional destinada a recibir a los invitados, en la que se cuelgan rollos desplegables decorativos y se disponen arreglos florales. *(N. de los T.)* < <

[11] Puertas correderas de madera cuyos vanos se cubren con papel de arroz. *(N. de los T.)* <<

[12] Región noroeste de Japón. *(N. de los T.)* < <

[13] La noche del 31 de diciembre es costumbre recibir el Año Nuevo en un templo donde se reza y se toca una campana, situada, normalmente, en el patio del recinto. *(N. de los T.)* <<

[14] Cortinas cortas divididas en dos que se cuelgan a la entrada de tiendas y restaurantes, con el nombre del negocio impreso. Sirven para indicar, según estén colgadas o no, si el negocio está abierto o cerrado. *(N. de los T.)* <<

[15] Fideos de trigo sarraceno. *(N. de los T.)* < <

[16] Persona que se dedica a visitar a todos sus conocidos el día de Año Nuevo. *(N. de los T.)* <<

[17] *Oratosquilla oratoria*, una especie de cigala. *(N. de los T.)* <<

[18] El mar de Ariake es un mar interior de la isla de Kyushu, comprendido entre las provincias de Fukuoka, Saga, Nagasaki y Kumamoto. *(N. de los T.)* <<

[19] Un sistema de calefacción muy extendido en Japón es el de las estufas de parafina, que se suele guardar en pequeñas bodegas o en depósitos en el exterior de las casas. *(N. de los T.)* <<

[20] Fiesta tradicional de origen remoto en China que celebra el encuentro anual de dos estrellas, Orihime (Vega) y Hikoboshi (Altair). Ambas están separadas por la Vía Láctea, un río de estrellas que cruza el cielo, y su encuentro solo se produce una vez al año, el séptimo día del séptimo mes lunar del calendario lunisolar. Se trata de una antigua leyenda de origen chino, extendida también a Japón, según la cual a estos dos amantes solo se les permite encontrarse esa única noche, cuando deben cruzar un puente construido a tal efecto por las alondras con sus alas. *(N. de los T.)* <<

[21] Los *shoji* son un tipo de puerta de la arquitectura tradicional japonesa que sirve también como tabique. Se construyen con papel traslúcido de arroz. *(N. de los T.)* <<

[22] El *Nihonshoki* es la recopilación de mitos y leyendas japonesas más antigua que se conoce. Data del año 720 d. C. *(N. de los T.)* <<

[23] *Inazumatori* e *inazumadori* son términos complejos de igual escritura y diferente lectura que dan lugar a confusión. *(N. de los T.)*
<<

[24] Sandalias de madera elevadas a modo de zuecos. *(N. de los T.)*
<<

[25] Una especie de gramínea. *(N. de los T.)* < <

[26] Los *onsen* o baños termales constituyen un elemento cultural de primer orden en la vida japonesa, pues suelen ser destinos muy populares en vacaciones, fines de semana o incluso en el día a día. *(N. de los T.)* < <

[27] Persona encargada de calentar el agua en los baños públicos y de friccionar la espalda de los usuarios. *(N. de los T.)* <<

[28] La tradición del baño diario en Japón está profundamente arraigada. Todas las noches, las familias comparten por turnos una misma bañera de agua muy caliente en la que se relajan de la actividad del día después de haberse duchado y limpiado con anterioridad. *(N. de los T.)* <<

[29] El *tabi* es un calcetín normalmente blanco con el dedo pulgar separado del resto, lo cual le permite moverse y hacer fuerza. Existen también los *tabi* de trabajo para determinados oficios, que suelen estar hechos de un material resistente, flexible y no antideslizante. *(N. de los T.)* <<

[30] Pasta de arroz machacada típica de Año Nuevo, de textura pegajosa y que se come sola o acompañada de otros ingredientes como mermelada de judía. *(N. de los T.)* < <

[31] Literalmente, «hermana». *(N. de los T.)* <<

[32] Literalmente, «blanquita». *(N. de los T.)* <<

[33] Los Kappa son personajes imaginarios del tamaño de un niño pequeño. Especie de geniecillos del agua, tienen el cuerpo cubierto de verdín y de escamas. Según la tradición de las distintas regiones, pueden ser bondadosos o crueles. *(N. de los T.)* <<

[34] *Spiraea cantoniensis. (N. de los T.)* < <